EMILIO S. BELAVAL

# Cuentos para fomentar el turismo

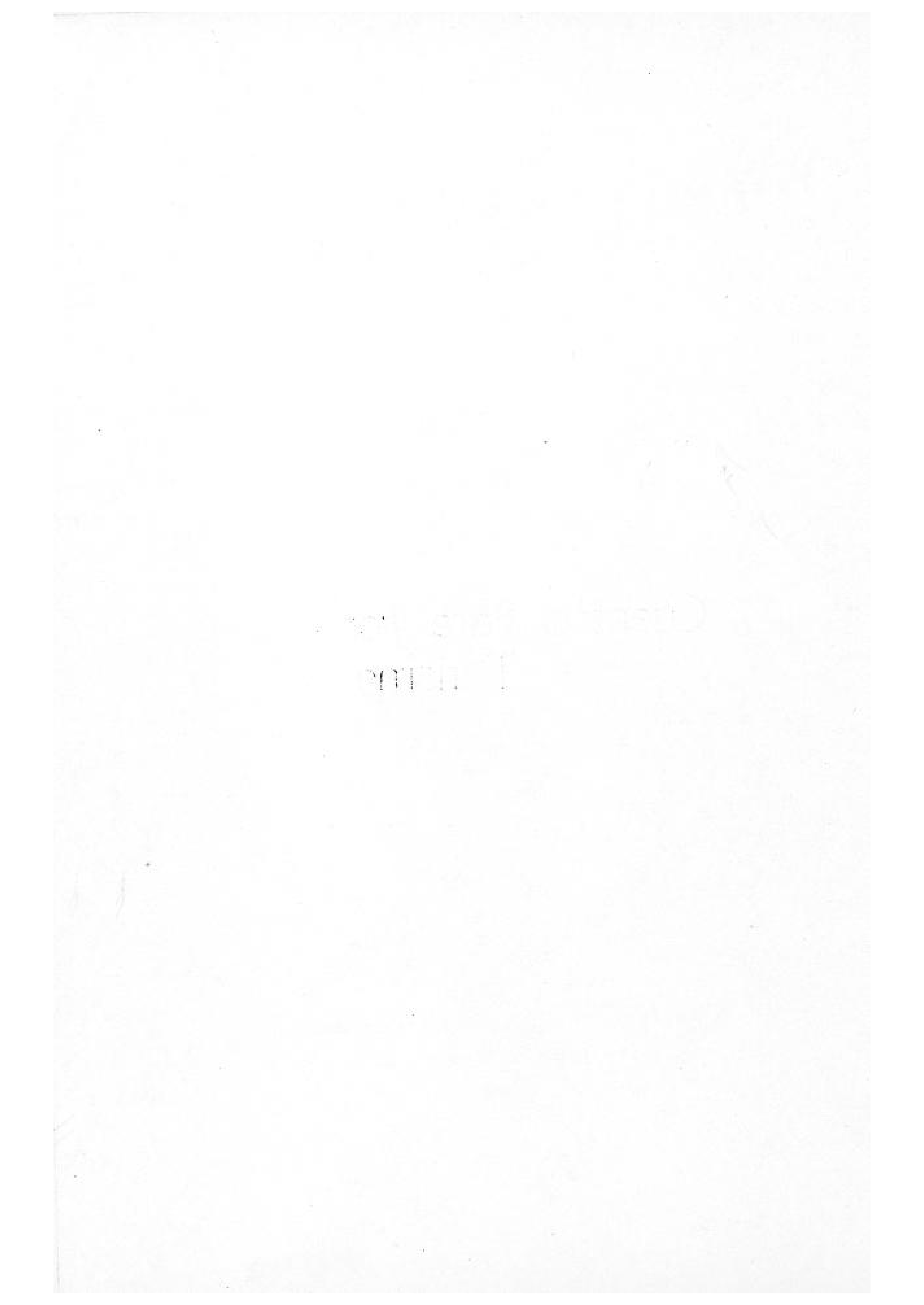
MADE IN PUERTO RICO






Biblioteca de Autores Puertorriqueños
San Juan de Puerto Rico

# Cuentos Para Fomentar el Turismo



EMILIO S. BELAVAL

# CUENTOS

PARA

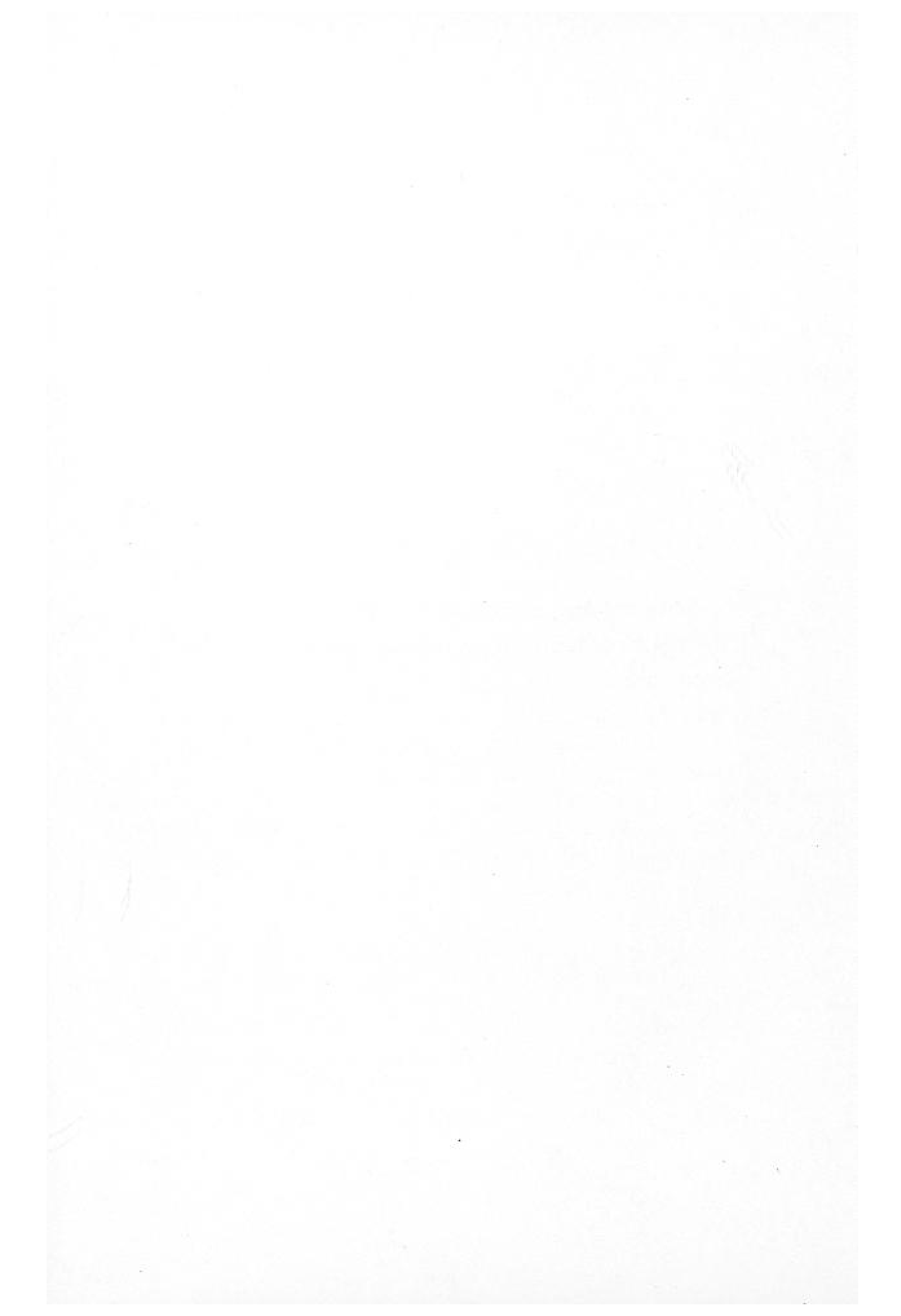
# FOMENTAR EL TURISMO

Biblioteca de Autores Puertorriqueños
San Juan de Puerto Rico
1946

DEDICO ESTE LIBRO:

A mi madre, doña Emilia Maldonado viuda de Belaval, corazón de paloma en perenne vuelo hacia el bien.

EMILIO



## UN DESAGRAVIO AL CABRON DEL BARRIO JUAN DOMINGO

*Para Jorge Font Saldaña.*

Cuando murió Anselmo Maldonado, todo el barrio de Juan Domingo se echó a temblar. Temblaron los jíbaros sarmentosos, las hilas de los yagrumos, las pencas flácidas de los bohíos. La vidente Isabelona, una sabichosa de los mangles, quien vivía enterrada en miasmas playeras, lo predijo:

—Ese hombre no va a dejal dolmil el barrio. ¿Cuando se ha veído que un defunto entre en la titiniebla con tanto cuelno?—

Juaniquín, el hermano del muerto, se fué derechito al mangle para buscar el consejo de la vidente:

—¿Es beldá que mi helmanito no entra en la tiniebla?—

—No entra, Juaniquín, no entra. Pronto veremos el alma de ese condenao, corriendo pol los mangles como una lú amarilla.—

—¿Que se pué jacel, mai?—

—No se entoavía. Está mu agraviao. Son siete años de infideliá, tú; y aluego, a los mueltos no los en-

tiende naide. Pa mí que yo prensipiaba pol un desagrabio en vos alta.—

—¿Cuando?—

—En el velorio.—

—Se le hadrá.—

—Que vaya Manuelón y le pía peldón elante de la caja y que su mujel le llore toa la noche y que cuente la infideliá.—

—Se le hadrá.—

—Endispué ya veremos. Yo iré al velorio y allí diré.—

Juaniquín sentía que el muerto le ponía palabras calientes detrás de las orejas. Se fué a ver a Manuelón, el agraviador de su familia:

—Ise la Isabelona que hay que desagrabial a mi helmanito y que tú tiés que pedirle peldón elante de la caja.—

—¿Yo? ¿Pol qué?—

—Pol lo que tós sabemos; pol habel andao en brete con mi cuñá siete años.—

—¡Eso no es beldá:—

—No te metas con los defuntos que se te puén enreal entre las patas. Tan pronto que a mi helmano se le salió la costilla y queó baldao, el hombre de la casa has sío tú.—

—Yo no le teño mieo a los defuntos.—

—Pos aquí te dejo. Pero que te digo que siento palabras calientes del muelto endetrás de las orejas.—

—Mieo que tiés.—

—Pué sel. Yo lo hablaré con mi primo el capatá pa vel lo que se deside.—

—Espera, que yo también teño los pelos que paesen coldeles. Iré al velorio. Allí veremos.—

Desde que murió aquel hombre, todo el barrio sintió que el muerto le andaba entre las patas a los hombres y que a las mujeres las pellizcaba en partes donde, solo los hombres en la oscuridad y los muertos en la claridad, podían llegar. Ese día no se cortó baraja en el chinchal; un tiburón se metió en el chinchorro; los erizos se salieron de las piedras, las aguavivas llegaron a la orilla. El mangle empezó a agrupar unos tonitos violáceos, que la gente vieja del barrio no recordaba haberlo visto nunca así; había un olorcillo a marisco podrido, que parecía que cada raíz estaba abajando azufre para encender unas luminarias infernales. A Toña, la mujer del difunto, le entró un sudor frío que hubo que mandar a buscar todas las camisas del barrio para cambiarla. Cada cual tenía los ojos pegados del cogote:

—¡Es el muelto! ¡Es el muelto!—musitaban los hombres, cejijuntos. Cada minuto que pasaba el muerto daba nuevos signos de su presencia. Los hombres se agarraron del ron; las mujeres se agarraron de los hombres; los viejos se agarraron de sus maníficas.

Llegó la noche y el velorio. La casa del tullido estaba metida bajo un guayabacón combado de gongolones. Alrededor tenía unos arbustos de tagua tagua, y un batey con matas de capaíllo. Sobre el arabesco del camino, las vainas de los flamboyanes parecían cuernos sonámbulos, un zodiaco bestial que trazaba conjuros expiatorios. Los hombres llegaban al velorio dando traspiés; sentíanse trabados por un cordón de fuego, como si llevaran al muerto enredado entre las piernas enfiebrecidas; las mujeres llegaban con el vientre lleno de picores.

En la sala, sobre unos barriles, habían puesto la caja sin tapa y dentro a Anselmo, con la quijada caída, la costilla brotada, la hernia repleta, mas feo que un polloncIón. Junto al muerto, sudando camisas ajenas, estaba la Toña, con los labios azules y los ojos despavoridos. Se la veían los senos como cocos morenos. Su cuerpo proscrito tenía la grupa tan poderosa que los hombres la miraban cejijuntos. Estaba derrengada y magnífica la viuda bajo los pellizcos del muerto.

Llegaron las viejas y encendieron los cigarros; llegaron los viejos y se sentaron en cruz; llegaron las mozas y se sentaron en racimos; llegaron los hombres y se agarraron de las tingleras. Juaniquín, el hermano del muerto, al lado de su primo el capataz, era el único que estaba con vida. De cuando en cuando se rascaba detrás de las orejas. Arriba, cerca de la tijereta, una hoja de machete, limpia, burlona, imantaba su brillo chismoso en la costilla del difunto.

Cuando llegó Manuelón con la vidente, los cocos de la Toña por poco se le caen de la palma. La vidente entró con los ojos dando vueltas y se sentó en el racimo de las mozas. En la sala no quedó un solo gaznate con saliva, ni hombre ni mujer que no se sintiera muerto de la cintura para abajo. El quinqué se santiguaba bajo el cruceteo de los mariposones; los gongolíes— rojos, negros, lacres,— bajaban por los bejucos, acechando el cuello de Manuelón. Si el difunto se hubiera largado un bostezo, la sala entera hubiese muerto de espanto.

La vidente le hizo un guiño imperioso al agraviador y cayó en trance para ver dentro de los aguje-

ros del muerto. Manuelón se acercó al difunto, lo miró largo rato, le miró los cocos a la adúltera, le miró la costilla al difunto y agarró a la Toña por el pelo y la hincó de rodillas ante el difunto:

—¡Peldón!, Anselmo, ¡peldón!— murmuró con voz rastreante— Tó ha sío quistión de mujeres, amigaso. ¡Brutos que semos los hombres! Agora, tú tiés que llorarlo y cantarlo toa la noche, jasta que amanesca, perra.—

—Y contal la infideliá,— silabeó la Isabelona, desde el racimo de las mozas.

—¡No pueo!, ¡no pueo!— gimió la hembra.

—Anda, mala mujel, desagrabia al defunto que pol culpa tuya no va naide a podel dolmil en el barrio!—

—¡Peldón!,— imploró la adúltera, con los ojos vidriados.

—Dísle como lo quiés, marrana.—

—¡Ay, mueltesito de mis sentrañas, si siempre te quisí mas que a mi vía! ¿No te arrecueldas, mi mueltesito lindo? ¡Si siempre estaba pindiente de tu dispeltal y siempre tenía agua perfumá pa lavalte los pieses cuando venías de la tala! ¡Si pa mi tú fuiste más dulce que la agua llobida y mas gueno que la yelbaluisa.—

—¡Mas entoavía!,— rugió Manuelón, encanallecido por aquel mandato de ultratumba.

—¡Mas entoavía!, rugió la vidente, barrenando los ojos vacíos del muerto.

—¡Mas entoavía!,— rugió la sala destrenzando un lamento.

—¡Mía con que dolol te lloro, mi mueltesito de mi

corasón! ¡Si quisiera echalte mis sojos en tu cajita de santo pa estal ciega cuando tú te vayas! ¡Si no te estaba siempre besando los pieses polque tú me los escondías pa que no te molestara! ¡Si ca pelo de tus canas me lo sabía de mimoria y ca arruguita de tu cara era pa mí mas quería que mi propia vía! ¡Si cuantas veces quisistes, jiciste de mí lo que querías, mi mueltesito rey!—

—Dísle agora las injurias,—fulminó el Manuelón.

—¡No pueo! ¡No pueo!,— forcejeó la hembra, convulsa, patética.

—¡Las injurias!,—vociferó la vidente, abismada en los ojos del muerto.

—¡Las injurias!,— coreó la sala apretujando su miedo.

La Toña se quedó sin voz. Sus ojos famélicos pedían una inútil misericordia que rebotaba sobre el terror y la lascivia de los hombres cejijuntos. Un sudor untoso le bruñía el barranco alucinante del escote. Viéndose perdida, cayó sollozando al suelo. Manuelón la levantó; se quitó el cinturón con clavos y empezó a fustigarla en las nalgas, en el vientre, en el pecho:

—¡Dísle las injurias, gata, puerca, íselas!—

—¡Ay mueltesito de mi via!, yo teño que confesal que te he sío infiel endispué de tu disgrasia; que endispusé no quise jacel vía contigo polque me daba asco tu costilla! ¡Que te he engañao en tu mesma casa con este hombre que siempre te ha rispetao!—

—¡Cuéntalo tó, sinvelguenza!,—bramó el Manuelón.

—¡Ay mueltesito de mi corazón!, yo teño que confesal que una talde cuando lababa tu ropita en la que-

brá tenía la falda arremangá y llegó este hombre y yo le vide llegal y me jice la desentendía y vide como le brillaban los sojos y yo no jice ná pol tapalme y me tomó en un bejucal y yo lo que jacía era reilme.—

—¡Sigue!,—tronó implacable el Manuelón.

—!Ay mueltesito de mis sentrañas!, yo teño que confesal que endispué de aquella talde diba tos los días aonde él me desía y te agrabié en tos los sitios y yo siempre me reía manque él te quería y te rispetaba siempre. La perra soy yo, mueltesito, yo soy la canalla, yo soy la infame, yo soy la que tiés tú que jacel que se me jinche la lengua, y se me jundan las costillas. Póneme los guesos blanditos pa que no puea andal, o mándame un brazo del sielo pa que siempre me esté golpiando. ¡Pobre mueltesito de mi corasón, tan santo, tan bonito, tan gueno!—

Desgreñada, idiotizada por un rubor sangriento que la había roto tanto el alma como el cuerpo, tundida por los correazos asestados en sus partes mas amantes, la adúltera volvió a caer al suelo, dejando al descubierto sus carnes de pomarrosa, mártir de un escrúpulo de pasión, de su vientre mal defendido. Los hombres estaban cejijuntos de terror, de lascivia, de despecho. Una mortaja medrosa cayó sobre la sala, mientras el Manuelón se enroscaba la correa, frenético y apesadumbrado. Juaniquín espiaba el trance sacrílego de la vidente con dos ojos en filo. Por fin, aupada por diez manos del racimo, Isabelona se incorporó:

—Puén arrecogerla— ordenó tan hollada como todos los demás, limpiándose de los ojos la última agua de su macabro vadeo por dentro de los ojos del muer-

to. Después, entre un doblez de la falda, se llevó a Juaniquín hasta el batey:

—El muelto no se confolma, Juaniquín. Jay que matal a ese hombre.—

—Asina se hadrá,—prometió el hermanito, mas tieso que un huesito de coyor.

—Jálalo pal platanal y mientras le jablas dale un machetaso en la centura; endispué lo jechas en un saco, pa enterarlos juntos. Es lo mejol.—

—¿Y ella?—

—Yo me la cuido pa dalle unos baños en la senteneja con corolas de pampanillo y le voy a jacel un collal de matos recogíos a la media noche. Tó endispué irá bien.—

El machetito limpio, burlón, imantado, se le bajó al jibarito hasta debajo del brazo y el Manuelón para echar un trago, se le puso cerca de un avispillo:

—Quieo dalte las gracias pol lo jecho pa mi helmano, Manuelón.—

—Eso se le debía al defunto. ¿Crees que estará confolme?—

—Isabelona dise que no. Yo también me siento unas palabras calientes entoavía pol las orejas.—

—Mistiquerías tuyas, Juaniquín.—

—No, Manuelón, mi helmanito no se siente desagrabiao. Quié que yo te mate y que te entierre con él, picao en un saco.—

—¿Pero tú estás cueldo, contrayao? Si no fuera pol el velorio te diba a . . .—

El machetito se le brincó del brazo al Juaniquín y se le agarró de la cintura al Manuelón. El tajo lo partió en dos. El jibarito le picó en cantitos, orde-

nando bien las tripas, para cumplir con el postrero ensañamiento del cabrón y lo metió en un saco. Entonces cogió su saco, entró en la sala, lo acomodó junto al muerto, buscó la tapa y la clavó. No bien hubo terminado sonrió felizmente: ¡las palabras calientes le habían volado de detrás de las orejas! Los otros, por el chorrito colorado, habían adivinado de lo que se trataba, pero como el Manuelón no tenía hermanitos para ponerle palabras calientes detrás de las orejas, ni su muerte dejaba ninguna monta honorable, se sintieron alegres, libres de la acechanza del muerto, y empezaron a jurgar a las mozas y a cosquillear a las viejas, ahuecando la risa para despistar al comisario.

Mientras tanto Isabelona cargaba con la viuda hasta su cubejón de los mangles, para espantarle el olor a velamuerto que se le prende en la saya a la mujer chiva, que ha engañado en vida a su difunto. De allá la trajo a los trece días, con un collar de matos recogidos en la media noche.

## LA VIUDA DEL MANTO PRIETO

*Para Juan Bosch*

Por la noche, la viuda del manto prieto arropaba el cañaveral del barrio con sus tocas harapientas. ¡Condená! Tenía los ojos llenos de ceniza, la boca llagada y unas manos huesudas que no se acababan de morir:

—Voy a largalme pa no velle mas la cara tiñosa.—

—¿Tiés mieo?—

—Tanto como tú. Ya me la he llevao tres noches enjolquetá en la anca. Anoche se me brincó de un guamá y me rodeó con sus guesos la centura. Casi estoy pol dejal el asuntito de la gualdarraya, na más que pa no paseal más a ese espelpento.—

—¿Tú no crees que esté muelta?,—preguntó el otro con canillera.

—Pa mí que está en la desandá.—

—¿Y aonde le llevaste, mano?—

—A su rancho pelao. En la única pulgaíta que no se ha tragao la caña.—

—¿Estará muelta, helmano?—

—¡Njú!—

Los capataces del ingenio norteamericano esta-

ban intrigados con aquel rancho maléfico. Veinte veces lo tumbaron, le prendieron fuego a las yaguas, le pasaron filo a los terrones y al otro día el terreno liso y las yaguas juntas. Había que sacar a la vieja antes de que echara su milagrito por el barrio. En verdad era un poco pesado ver aquella mai, acurrucada en la puerta de su rancho pelado, tan flaca como una guajana y con los ojos llenos de cenizas. El gerente buscó al guapo de la central y le encomendó que la desalojara.

Se llamaba Flor Colón y era un hombre de pelo en pata. El ingenio le soplaba un chequecito para que se estuviera quieto en el barrio, al servicio de la gerencia. Usaba una lengua de vaca más larga que un espadón; tenía cuatro tajos largos en el cuero y su famita bien ganada en reyerta contra parientes. El guapo se amarró la cintura y subió:

—Tié que ilse, mai.—

—No pueo.—

—Ande, mai, que no quieo asuntos con mujeres. Míste que tengo que estiralla. La central no quié agregaos.—

—No pueo.—

—¿Ni mueltesita, mai?—

—No pueo.—

—Pues le voy a jacel el favolcito ligero, pa que se vaya usté pa arriba y se siente con su marío aonde quepan. ¿Se va usté, o no se va?—

—No pueo.—

Le largó un tajo capaz de tirar al suelo a cuatro primos bien avenidos. ¡Ná! La lengua de vaca le viró

el brazo y lamió al guapo encima de la rodilla. Flor Colón se arrastró despavorido hasta el cafetín:

—Mañana arrenuncio lo de la central. Esa vieja no la mata naide.—

—¿Pero la macheteaste?—

—Pa dos chichas, hombre. No le entró el golpe. Pa mí que está muelta. Me arrenuncio, y si el americano me suelta una guasita, pos le saco la manteca de un tajo.—

El soplo corrió por el barrio como un rabojunco en tierra verde. ¡La vieja del rancho estaba muerta! ¡Ni Flor Colón había podido untarle su lengua de vaca! Todos volvieron los ojos desorbitados hacia el rancho. ¿Se habría muerto la mai sin darse cuenta? Poco a poco cada cual trajo su brasa: uno dijo que no abría la boca para que no se le vieran los alveolos sin caries; otro, que tenía una tela de cebolla por nariz; otro que los ojos los llevaba por dentro y se los viraba por la noche. No comía nunca, chupaba unas raíces que no la dejaban podrirse y ella misma se remendaba con alambre, cuando se le desajustaban las canillas. Sentadita a la puerta del rancho, esperaba la voz de su muerto, para largarse con él al cielo. Flor Colón decía que la vieja no podía irse del rancho. ¿Por qué andaba de noche solamente, crujiendo su manto prieto por entre los cañaverales? Siempre había alguno que sabía más: la vieja enterró los muertos del cólera sin un solo vómito; en la bubónica cogía los ratones y se los echaba en el seno para calentarlos, pasó por los guajanales sin sufrir nunca la ceguera. ¡Tenía que estar muerta! Si alguien se lo dijera tal vez se reconocería. No era la primera comadre que se extra-

viaba en el camino del purgatorio. Con decírselo estaba todo arreglado. Hubo junta de los bragados de la vecindad, para arreglar la entrevista con la viuda de las tocas harapientas. Flor Colón fué el único que llegó con voz al rancho:

—Mai, se nos ha ocurrío que usté pué estal muelta. Lleva usté muchos años asina. ¿Pol qué no se larga usté pa onde su defunto?—

—No pueo.—

—Miste, mai, que los chicos están asustaos y los hombres con malos pensamientos. Váyase usté pal cementerio, que yo la acompaño.—

—No pue.—

—Pol lo menos no salga usté de noche jasta que le resemos las orasiones y se reconosca.—

—No pueo.—

—Míste que se va a despoblal este barrio por culpa suya.—

—No pueo.—

Flor Colón se cuchicheó con la escolta; ¡mejor era que aquella condená vieja andara a la vista! Podría darle por echarle a la gente un bufido caliente en la oscuridad y aquello sí que podía ser una cosa de susto. Mientras tuviera cuerpo, al menos se la podía ver y echarle mano en tiempo oportuno:

—Pos nos demos salvao. ¿Qué diache podrá jacelse pa que se largue?—

Al guapo del barrio le entró una pesadumbre, que trancaba las puertas con solo echarse un suspiro. Le hormigueaba en el pecho su responsabilidad de hombre trascendente. ¡Era él, quien tenía que resolver el problema de la vieja!; por algo le había encomendado

el americano aquel desalojo. Todas las tardes iba Flor Colón a hablar con la viuda:

—Míste, mai, que usté me está comprometiendo seriamente. ¡Qué pueo peldel mi prestigio si usté no se larga! Váyase pa el otro barrio. Yo le múo el rancho.—

—No pueo.—

—Si tó arresulta en un paseíto entre amigos. Yo le cierro los sojos y le prendo un velorio como nunca se jace pol aquí.—

—No pueo,— remataba la voz fanática, fatídica, fantasmal.

El guapo bajaba desesperado de los breñales de la vieja. ¡También era una porquería del destino que le tocara a él tamaño lío con una muerta, después de haberse fajado honorablemente con tantos vivos. —Tié que ilse; tié que ilse, manque se me monde la otra roílla,—murmuraba el guapo, desesperado.

Pero la vieja permanecía en el rancho. Acurrucada todo el día en la puerta roída, con los ojos llenos de ceniza y la boca llagada por un dolor que no la dejaba morir, caminando casi toda la noche por los cañaverales, con el manto prieto al desgaire, sorda a todos los ruegos y las encomiendas, hilandera tiñosa de la conseja agreste, vivía aquella estoica alma en espera de una voz que la juntara con su marido. Niño que la mirara de lejos, por la noche le daba cagalera; jíbaro que rondara en busca de amores por gualdarrayas abruptas, la tenía de jineta al regreso, con sus brazos huesudos apretando la cintura del galán. Flor Colón lloraba como un niño, mirando su flor de hombre pisoteada, impotente ante aquel guiño de la fatalidad:

—Ganas teño de machetealme yo mesmo pa dalle una emburujá de muelto a muelto a esa condená. Si alguien me lo asegurara, esta noche la diba a buscal defunto.—

Aquella noche fué la última noche en vela de Flor Colón; a la madrugada, con los cascos alucinados, se le ocurrió; ¿por qué no buscar la historia del marido, para averiguar el secreto de la vieja? En algún rincón del barrio tenía que estar. La pregunta cayó en el cafetín como flor de malva para una calentura.

Corrieron a tumbarle la puerta a las cuatro viejas más viejas del conuco, unas greñas miserables que tenían casa embarrancada y manutención de gorgojo, de puerta en puerta. Aquella cuatro viejas ya estaban en el último callejón de la inmortalidad. No les hacía daño ni el maiz podrido de la limosna y las pulgas las habían dejado quietas, como carne que tiene derecho a descansar de toda rasquiña terrena. El guapo entró renqueando hasta las viejas, en saltitos anquilosados, en medio de un coro de jíbaros con amores en medianerías abruptas:

—Miren, doñas, que la cosa es de cuidiao y es pa jasel mimoria de seguio,—advirtió Flor Colón, en tonito como para vivas.

—Dí, hombre, dí— contestó una conocida por Paula, un tanto despertada por el tono.

—Se nos ha colgao en el barrio una condená alma que no se deja enterral y jay que disponel algo pa que se nos acabe la flojera.—

—¿Y qué te cuesta la condená, Flol? Con los mueltos jace bien la pacencia, mijijo.—

—A mí me cuesta una roílla, se va usté enteran-

do; a los chicos de éstos le va a paltil los dientes la alferesía y a aquéllos dos, unas chamucas que tién más allá de los pajuíles. Con que ná de pedil chavos pa velas, que nojotros sabemos la manera de vivil de ca quien, y a resolvel de seguío.—

—¿Como se ñama?—

—Ni nombre tié. Es la viua que vive acurrucá en el rancho.—

—Pero esa es viva, mijijo.—

—Iselo a mi lengua de vaca, doña. Le tiré un tajo pa jacel dos y dende aquello ando cojo.—

La más vieja de las cuatro viejas más viejas del barrio, plegó los ojos y se puso a tumbar cien años atrás:

—Mía, mijijo, que me voy arrecoldando como queó viua esa probe. Al marío se lo fuñeron en el cañaveral.—

—Siga, doña.—

—Se casaron más que mosos y pelaron mucha tierra pa vivil en la finca dél. Ella era muy bonitinga pero la tierra la estiró. Mala revirá tuvieron los probes. Sembraron yuca y les salió brava y los grandules secos. Se murieron las crías y el último pollo se lo comieron con moquillo. En eso se encaramó pa acá el cañaveral y no dieron paso ni pa la bestia. Tuvió que entregal la finca el marío pa que le dieran trabajo. Al capatá le entró ojerisa contra el probe y un día pol que se saltó un arao, le abrió la cabesa con una coa, frente al rancho mesmo. Lo trujeron con un trapo ajuntándole la sesera. Yo estuví en el velorio, mijijo. La viua no soltó una lágrima. Tenía la boca apretá,

asina, con el labio pegao y el lloro pol dentro. Asina se pasó jasta que se lo llevaron.—

—Eso es un caso de justisia, doña.—

—Pos yo no vide llegal a naide arriba con el comisario.—

—Se la hadremos nojotros. ¿Y cuenta usté que esa vieja chumba alguna vé fué bonita?—

—Lo mesmo que una calambreña, mijijo. Bonitina y pulposa. Tenía una narisilla ñata de mujel suspiraora que le jacía muy grasioso el palabreo. Pero se enjumió con su hombre pa salval la finca. De ná le silvió.—

—¿Y el capatá, aonde se largó?—

—No sé, oye. El último hijo que yo supiera se mató con una espantá de caballo. ¿Sería la viua?—

—Es un caso complicao. Si algún allegao del capatá estuviera vivo, se podría desquital a la vieja. ¿Y que jace esa condená metía en el cañaveral?—

—Cosa de mueltos, mijijo. A lo mejol un día de éstos le pega fuego a la caña.—

—¿Será eso lo que espera la vieja?,— preguntó el guapo recelosamente, pensando en su chequecito.

—No sé entoavía, mijijo. Quisá prendiendo una vela pa vel de qué lao se enclina. . . —

—Míste, doña, que aquí naide se quié metel en lío con la central. El fósforo le deja a uno siempre un poco de ollín en la mano.—

—Pos allá tú que eres el encargao.—

—Muchas grasias, doña, y a callarse, ¿eh? Esto no se jabla con naide. Y cuidiao con quearse de velona cuando se estire, ¿sabe? La viua es la última muelta que aguanto yo aquí y eso polque es un caso de justi-

sia. Usté la desandá se la dá pol la playa, que allí no se asustan los conglios.—

—Ta bien, hombre. Yo de aquí salto pal cielo.—

Volvieron al barrio, con las cejas alborotadas por la calentura. El guapo no se podía matar el remordimiento de haber atacado a la viudita dolorosa, que se había destripado junto a su hombre, para que no se los tragara la revirá:

—Isen que tenía narisilla ñata de mujel suspiraora,—rumió un jíbaro sensual, como mascullando un romance.

—Y se pasó toa su mosera velando cogollos de yuca brava.—

—¡Y acabaron con ella y con su hombre! ¡Que pocavelguensa!—

Llegaron al cafetín, cuando ya la noche estaba trotando hacia el amanecer. El quinqué tenía la mecha mas viva que una culebrilla de fuego y los jíbaros empezaron a mirar la llamita con una aprehensión singular:

—¿Que le pasa a esa condená lú esta noche, mano?—

—Que el cuentesito de la viua me la trai endemoniá, sonso.—

—A lo mejol esa viua pensará que en este barrio no jay machos.—

Un rato largo: —¿me quiés creel que siento el condenao quinqué ese bailándome en la cocotera?— La mecha rabiosa, escrutaba el corazón de los hombres, moviendo sus pestañas diabólicas. Flor Colón se puso a estirar entre dos dedos una mala idea que se le había enredado en la conciencia: ¿Por qué no sa-

carle la manteca que tenía en la barriga el gerente y llevársela arriba a la vieja para que se friera unos buñuelos en su calderito de ánima en pena? Aquello tal vez fuera mas fácil que darle frente al ingenio con un incendio malicioso. Los jibaros no se atrevían a mirar al quinqué, temerosos de que la llamita se doblara hasta el cañaveral. El guapo se asomó a la ventana que abría frente al rancho pelado, como si quisiera solicitar un misterioso permiso de aquellos ojos, que de tanto llorar por dentro, se habían cubierto de cenizas. Allí estaba acurrucada la viejecita, con sus huesitos amarrados bajo una toca harapienta, con los labios llagados por un dolor que no la dejaba morir, en espera de una voz que luchó junto a ella, para que no se los tragara la revirá. De pronto, la llama señaló hacia el cañaveral. Saltaron cuatro o cinco de la mesa del embrisque, a buscar refugio en el guapo:

—¡Míste, compai; la llamita se pone imprudente!—

—No se pué agualdal mas. Tié que sel agora mesmo.—

—¿Y la polesía?—

—La polesía viene andando, presioso, pero los mueltos se cuelan por la cumblera.—

—Yo voy si tú lo desides.—

—¿Quiés que a tu hijo no le chillen mas los dientes?—

—¿Que falta?—

—Gas, mucho gas. Hay que pegal el fueguito pol las cuatro puntas.—

—Y la vieja dentro, Flor. ¿No será mas malo?—

—¡Bah!, pol la vieja vela el defunto.—

—Pos vamos.—

Se desparramaron por el cañaveral con el lomo erizado y las manos llenas de candela, sabiendo que las llamas aventarían el maleficio que amenazaba con despoblar el barrio. Medio hora mas tarde, el cañaveral empezó a arder por las cuatro esquinas; el humo escaloneaba hacia el cielo, como si quisiera prender por sobre toda la tierra desposeída una siniestra toca de viuda; corrían las voces soplando tizones, esperando que de la noche tormentosa, llenas de chasquidos voraces, saliera una voz que esperaba la viuda sentada en la puerta de su rancho pelado:

—Agora si que la viua se larga con su defunto, compai.—

—No se apure, mi vieja, que allá en el sielo tié que habel un rinconsito pa usté y su defunto.—

—Y pué sel que allá me le pongan otra vé, su narisilla ñata pa que le haga grasioso el palabreo.—

Con su nuevo manto de llamas la viuda subió al cielo; el guapo la enterró entre volutas de leyenda, prendiendo su toca postrera con la risa del niño aterrorizado que prestó sus alfileres de leche. Nunca más la viuda del manto prieto ha arropado los cañaverales de Puerto Rico y nuestra noche colonial perdió su última jineta.

## LA CANDELARIA DE JUAN CANDELARIO

Para *Fernando Sierra Berdecía.*

Todos los meses, iba Juan Candelario al almacén de don Teodorito Valdepié, con toda la verdura de su finca:

—Aquí traigo, don Teodorito, una carguita pa que usté me la estime.—

—La carga está chiquita, Juan. Parece que se te ha cansado la tierra.—

—La seca ha sío grande, don Teodorito.—

—Habrá que tener paciencia para cobrarte mas adelante. Esta vez no puedo abonarte ni siquiera el interés del préstamo. Tú sigue trabajando que mientras yo viva, yo no dejo en la calle a ningún jíbaro decente.—

—Asina Dios se me lo aconseje.—

Se pusieron a trabajar Juan Candelario y su jíbara como dos desesperados, sin hacerle dengues ni a la llovizna, ni al sol, ni al ortigal. Eran dos lomos de bestia curvados sobre el terreno, con esa fealdad terrosa que da la finca cuando no salva, con ese tremendo piojillo de la mala suerte que ha acabado con la salud, con la esperanza, con la alegría de nuestros te-

rratenientes de la altura. Después de haber desbabado hasta el pepino angolo y de no haberse comido nada mas que los rabos de las batatas jojotas, volvió al mes siguiente Juan Candelario al almacén de don Teodorito Valdepié, con todas las verduras de su finca:

—Aquí traigo, don Teodorito, otra carguita pa que usté me la estime.—

—La carga está mas chiquita aún, Juan. Parece que se te ha lavado la tierra.—

—El chubasco ha sío grande, don Teodorito.—

—Habrá que tener paciencia para cobrarte mas adelante. Esta vez no puedo abonarte ni siquiera el interés sobre los intereses del préstamo. Tú sigue trabajando que mientras yo viva, yo no dejo en la calle a ningún jíbaro decente.—

—Asina Dios se me lo aconseje.—

Se pusieron a trabajar Juan Candelario y su jíbara como dos demonios, sin hacerle dengues ni a la fiebre, ni al tabardillo, ni al vértigo. Eran dos lomos de bestia curvados sobre el terreno, con el sometimiento brutal que da la finca cuando no salva, con esa voraz piojera de la desgracia que ha acabado con la pujanza, con la ilusión, con la moral de nuestros terratenientes de altura. Después de destallar hasta los rabos de las batatas jojotas y de no haberse comido nada mas que el palmiche de los cerdos, volvió al mes siguiente Juan Candelario al almacén de don Teodorito Valdepié, con la última gota de verdura de su finca:

—Aquí traigo, don Teodorito, otra carguita pa que usté me la estime.—

—La carga está mas chiquita que nunca, Juan. Parece que se te ha salado la tierra.—

—La hormiguilla ha sío grande, don Teodorito.—

—Habrá que tener paciencia para cobrarte mas adelante. Esta vez no puedo abonarte ni siquiera el interés sobre los intereses del interés del préstamo. Tú sigue trabajando que mientras yo viva, yo no dejo en la calle a ningún jíbaro decente.—

—Asina Dios se me lo aconseje.—

Cuando hubo entregado su última carga, Juan Candelario se sentó una noche, frente a su bohío, a seguirle la lucecita a un cucubano para ver si se le ocurría algo. La mujer, adivinando la desazón de su hombre, se le sentó al lado, por si acaso le daba a otro cucubano por volar cerca del primero. La jíbara de Juan Candelario era una hembra padecedora, con el corazón mas bueno que una marifinga; sabía cuando el coraje de un hombre necesitaba de un sobo de mano encariñada. A Juan Candelario se le adormeció la pena bajo los dedos cuarteados de su jíbara:

—Ya esta finca no es de nojotros ná mas que a medias. Semos casi agregaos, Juana.—

—Tú eres el que mandas, Juan.—

—Toas las cosas malas han venío juntas y don Teodorito lleva bien la cuenta, Juana.—

—Haberá que entregal la finca, Juan.—

Juan Candelario se arrugó como una hoja de tabaco oyendo la simple verdad que le había descubierto su jíbara. Para él entregar la finca, era como caer en el limbo. El finquista había visto nacer sus pies en aquel barro cipey y tenía por la tierra ese oscuro cariño que sabe poner en su finca un terrateniente jíba-

ro. La finca había sido de su bisabuelo, la achicó su abuelo, la volvió a agrandar su padre y a Juan Candelario la pena le retorcía las tripas cuando pensaba que fuera él quien tuviera que entregarla.

Desde el momento en que entró en cuentas la refacción, Juan Candelario solo tuvo un pensamiento bravo: pagar aquella manita de ayuda que había estrangulado a tantos finquistas de Puerto Rico. La cogió porque le dió por sembrar unos palitos de café para aprovechar una sombra baldía que le había crecido en los barbechos. En el pueblo le hicieron un cuento fantástico de lo mucho que producía ese grano mártir, que era el pan de la montaña, del cual todo el mundo huía, perque al cañero le dió por decir que la flor del café atraía a los huracanes. Don Teodorito le prestó setenta y cinco pesos y al final del año, cuando aun estaban los palos niños, ya le debía a su prestamista mas de cuatrocientos pesos, después de haberle entregado toda la verdura de su finca; ahora el jíbaro comprendía, dentro de su recelo de perdidoso, lo que era quel pacto donde había que entregar los frutos sin que se pagara nunca el rédito, en una de esas tiendas mitad almacén, mitad pulpería, donde por unas telas y unas cuantas provisiones de boca, dejaba el jíbaro año tras año, la sangre verde de sus entrañas.

¡Casi nada, se trataba nada menos que de don Teodorito Valdepié!, sanguijuela grasienta del interés triple sobre uno compuesto, cuyos calcetines se paraban solos cuando se descalzaba su ñame patricio. Aquel hombre pegado todo el día a un mondadientes, tenía una trágica matemática de pulpero. Su negocio consistía en no dejar nunca a ningún jíbaro decente en la calle mientras él estuviera vivo y tener a

cada finquista, agarrado por el pescuezo trabajando para él, sin pagar contribuciones ni peones.

Juan Candelario era el mas avispado de los parientes de Juan Pateta y había visto demasiado cosas en su vida para que lo engañara el mondadiente meloso de don Teodorito. Se sentía enfermo, con esa amarra en la cintura que padece el encorvado, con las manos tajeadas y el alma mugrienta. Su dilema era tan claro, que tenía la disyuntiva picándole en los ojos: o le pagaba a don Teodorito o éste se llevaba la finca para su almacén. Bastaba que el pulpero le mandara los papeles de la corte, para que él tuviera que seguir andando con su jíbara, a vivir de las mañas. En estos momentos es cuando el pata de pon se le acerca a un jíbaro para hacerle su propuesta; se le apareció, de pronto, un compadre ambidiestro, que andaba con las posaderas puestas en tres tajarrias:

—¡Diache, Juan! ¿Que te se acontese?—

—Cosas de la finca que van mal. Haberá que entregal un día de estos.—

—¿Debes mucho?—

—Cuatrocientos y la quema.—

—Pos sí que es un pleitito ese. Yo púe salval la mía pol unos deos que me dejé en el trabajo. Me dieron quinientos pesos pol ellos.

—¿Unos deos?—

—Si, mi amigo; un tajo de buena suelte. Me los colté con el mocho tumbando caña. Tié que pagal el gobielno.—

—¡Pol la finca daba yo una mano!—

—Me han dicho que pol ahí hay un colte aonde arreglan eso. Si te interesa, procura al crucificaol. Ese te salva.—

Aquella noche la pasó Juan Candelario con desvelo de hamaca que es el poer desvelo del mundo. El recurso era un poco fuerte, pero el calcetín de don Teodorito era implacable. Por la mañana tenía los ojos hundidos pero una calma absoluta. A su jíbara le dijo:

—Voy a un colte pol aquí, a vel si me lío con unos pesos. Tu atiende la finca, Juana.—

Cuando preguntó por el crucificador los cortadores bajaron el machete, como si le presentaran armas al intruso; se le acercó un gordiflón tostado, haciéndole un guiño de inteligencia:

—Teño un recao pa usté de un compai mío que a la vé es un compai de usté.—

—Venga el recao.—

—Me jallo en un apuro y voy a peldel mi finca si no reuno cuatrocientos y pico de pesos. Lo que yo necesito es una ayúa de la comisión.—

—Pa que le sobren cuatrocientos y pico limpios, haberá que pical tres dedos y una falange. Polque aquí cobro yo y los testigos.—

—Usté me arregla eso.—

—Si acaso vié usté a echalse pa atrás, mas vale que no entre. Ya teño cuatro dándole tiempo a la coltá.—

—Búsqueme usté trabajo que vengo mañana.—

—Yo lo hablaré con el capatá pa que me lo apunte.—

Juan Candelario empezó a cortar caña con tres dedos y una falange menos en la conciencia. Cada rato se secaba el sudor de la frente, un sudor nazareno, que le goteaba por última vez, por entre cinco dedos. El crucificador lo rondaba continuamente, espiándole

el ánimo, temeroso de que pudiera arrepentírsele su hombre, como otros picadores que allí estaban. Juan Candelario escuchaba a su alrededor el respingo irresoluto de los aspirantes; había algunos que bromeaban con su propio miedo:

—Adéjeme eso pa la semana que viene, ¡hom!, que me he descubielto que teño el deo bonito.—

—Tiés que resolvel o dejal el trabajo. El crucificaol está peldiendo el aguante.—

—Se lo contesto mañana.—

Por las noches Juan Candelario no dormía palpándose los dedos de la mano comprometida. El pacto concertado con el crucificador le parecía una traición contra una pobre mano que había encallecido, luchando por salvar la finca de su padre. Noche tras noche, por sus nervios agitados, pasaba toda la tragedia chica de la mutilación. La treta era macabra. No era cuestión de ir, estirar la mano y que le cortaran los dedos. Había que disimular, vivir con aquella angustia por unos cuantos días, para no tener obstáculos en la investigación.

Una mañana antes de partir, acarició a su jíbara, por última vez con los dedos completos. La envejecida lo miró con su instinto de hembra padecedora, y le besó los dedos, como si hubiera adivinado el pacto:

—No se me apure si vengo talde. Teño que dil al pueblo, Juana.—

—Dios te abendiga, Juan— contestó la envejecida involuntariamente. Juan Candelario se fué hasta el crucificador tan pronto llegó al corte:

—Me corre priesa el asuntito ese. Tié que sel esta talde.—

—Esta talde será— contestó el feroz cirujano, asombrado a su pesar por la sangre brava del enclenque. —Afila bien el mocho, celca del cabo, que debe sel con tu mesmo filo.—

Aquella tarde fué la crucifixión de los tres dedos y una falange de Juan Candelario. El hombre no pudo quejarse del trabajito. Le rodearon en el corte los testigos, le tendieron la mano sobre una piedra negra y el cirucificador no dió nada mas que un solo golpe. El dolor vino en ayuda del pequeño héroe y lo desmayó.

Del cañaveral lo recogieron el crucificador y los los tres testigos para llevarlo a curar y jurar el informe. Cuando llegó hasta el practicante del poblacho, aún seguía sin conocimiento. Se le había desmoronado el coraje, no ante el dolor de la mano, sinó ante la tramposería del espíritu. Era la primera canallada, una canallada impuesta por la miseria, después de haberse baldado la cintura, de haber desbotonado hasta las cepas machorras, de no haber comido otra cosa que no fuera el palmiche de los cerdos. El desmoronamiento lo libró de los horrores de nuestra cirugía industrial.

Juan Candelario volvió a su finca, mas pálido que un lerén, con la mano vendada, buscando el amparo mimoso de su jíbara. La envejecida se pasó toda la noche, con los vendajes encanallecidos apretados contra su corazón.

La cura fué monstruosa, el expedienteo largo, pero Juan Candelario obtuvo sus cuatrocientos y pico de pesos y fué al pueblo a buscar a don Teodorito:

—Aquí tié usté sus chavos, don Teodorito. Deme el recibo.—

—¿Para qué necesitas tú recibo, malgenioso? Deja eso hasta el domingo que venga el tenedor de libros.

—Deme el recibo agora aquí, don Teodorito. Usté anda muy bien de salú y sería una lástima que le ocurriera un arsidente. Pagarle a usté me cuesta a mí tres deos y una mitá.— Don Teodorito Vaudepié tenía una gran ilusión por seguir parando su calcetín por muchos años. Le entregó el saldo, olisqueando la tragedia de su refaccionado, con el mondadientes quieto por el miedo.

Desde aquel pago Juan Candelario fué un jíbaro enconado, que cada vez que podía robarle un atierro a su finca, se ponía a mirarse la mano mutilada con una extráviga fijeza. La jíbara se le sentaba al lado, a contarle cositas buenas a la mano herida de su Juan, para que su arrullo de hembra consolara a su hombre de aquel dolor muñoso. Algunas veces Juan Candelario se apretaba la broca, con una pena que no era de este mundo:

—Carijo, me duele esta mano como no me había dolío nunca, ni cuando la cura, Juana.—

—Adéjame tentártela un poco, Juan.—

—No, si el dolol no es asina de esos. Me duele como pué dolel una injustisia. Este dolol no tié cura ni consuelo gueno, Juana.—

En estos momentos es cuando el pata de pon se le acerca a un jíbaro para hacerle su propuesta. Se le apareció, de pronto, un compadre ambidiestro, que andaba con las posaderas puestas en tres tajarrias:

—¡Diache, Juan! ¿Qué se te acontese?—

—Cosas de esta mano que me duele como si se me

entuviera prudriendo. Haberá que coltalse el braso un día de éstos.—

—¿Duele mucho?—

—Mas que los cuatrocientos pesos y la quema.—

—Pos si que es un pleitito ese. A mí el dolol me lo quitó la candela.—

—¿La candela?—

—Si, mi amigo, una candelita que le metí a un ranchón de enlatado de mi prestamista. Tié que pagarle agora él a to el mundo.—

—¡Pol quitalme este dolol le pegaba yo fuego al pueblo entero!—

—Me han dicho que pol ahí vamos a tenel mucha candela ahoritita. Si tiés interés, arrecuelda que esta noche, es noche de candelaria. Esta noche la que salva es la candela.—

Como si estuvieran pendientes de una palabra diabólica, empezaron a arder los barbechos y los resquebrajos de la lejanía. ¡Grande fiesta de la candela la Candelaria de Puerto Rico! Fiesta que prende en barrancales y barranquillas, donde no crecen mas frutos ni mas flores, que los amargos frutos y flores de la aguantatúa; noche donde la candela se come a pedazos a la mala suerte, para que descanse la cintura baldada de nuestro finquista; júbilo religioso cerca de fogatas y humaredas, donde un jíbaro decente se descuelga de los hombros los murciélagos de la desgracia. Juan Candelario se puso de pie, dinamizado por la vieja caricia de la candela.

Era la primera vez que en la finca de Juan Candelario no se habían encendido a tiempo los tizones

alegres de la candelaria. Cuando mozo encendía su hoguerita porque le iba bien al hombre!

—¡A Juancho Candelario le va bien la candela de la candelaria!—; mas tarde, para guardarle el recuerdo a su mai, que año tras año se ahumaba los ojos con el chorrito de la candela, para darle gusto a su hijo y apagar siempre las brasas con la misma guasita:— ¡a Juancho Candelario le va bien la candela de la candelaria!—; por el resto de los años, como una espantada grande que le puede dar un jíbaro decente a los murciélagos de la desgracia. La jíbara de Juan Candelario se tiró a reunir una brusca, entre la hojarasca de la finca, para que no muriera también aquella otra parte de su hombre, un hombre que ya había empezado a morir por tres dedos y una mitad, a quien el rencor de una injusticia estaba pudriendo poco a poco.

Como un niño embelesado Juan Candelario se sentó junto a su jíbara a escuchar los crujidos de las ramas estallantes. La candela se le iba metiendo poco a poco por los ojos, removiendo sus fibras de mozo, calentándole el coraje desmoronado, sintiendo que los dedos de la mano le estaban naciendo de nuevo, para empuñar un pensamiento. Estuvo encuclillado junto a su jíbara hasta que se apagó el último tizón de su candelaria. Ella lo vió levantarse mas feliz que nunca:

—Muchas grasias pol habelme salvao unos recueldos que yo quieo mucho, el de mí cuando moso, el de mí mai, Juana.—

—A Juancho Candelario le va bien la candela de la candelaria, Juan.—

—Deme usté un besito pol si acaso se me aconte-se algo esta noche. ¡Lo que es la candela! Jasta hoy no se me había ocurrio. Ande, deme el besito que teño que dilme, Juana.—

La jíbara tembló un momentico pero no le dijo nada. Le dió el beso a su hombre, lo acompañó hasta los espeques y le dijo involuntariamente:

—Dios te abendiga, Juan.—

Juan Candelario tiene el pecho lleno de candela, de la candela alegre y chismosa de su mocedad, candela de candelaria, llama que achispa al jíbaro, como si alguien le descolgara de los hombros los murciélagos de la desgracia. Por el camino, platicaban con él cuatrocientas hogueras de jíbaros candelistas:

—¡Ahí va Juan Candelario con el pecho lleno de candela!—

—¡A Juancho Candelario le va bien la candela de la candelaria!—

——Corre a tu asunto, Juan Candelario, que esta noche la que salva es la candela!—

Llegó al pueblo en tres trancos, con todos los fósforos de su cajeta saltando de minúsculo goce; en el pueblo le saludaron las ingenuas candelillas de los títeres, que encendían sus pequeñas bracerías, en los solares aislados:

—¡Aquí está Juan Candelario con el pecho lleno de candela!—

—¡A Juancho Candelario le va bien la candela de la candelaria!—

—¡Corre a tu asunto, Juan Candelario, que esta lo que salva es la candela!—

Juan Candelario se metió en el patio de don Teo-

dorito Valdepié, con los dedos llenos de una misteriosa comezón y se puso a reunir una brusca entre la basura de la trastienda. ¡Juy, que alegría la de aquella mano cuando encendió la punta de un saco, y el saco humeó el serrín, y el serrín al cajón, y el cajón al trasto, y el trasto a la ristra, y la ristra al gas, y el gas al calcetín, y el calcetín al pulpero, y el pulpero a la libreta del interes triple sobre un compuesto.

Juan Candelario se escurrió hasta la acera del frente para contemplar, con su muñón en alto, la más grande candelaria que jamás se hubiera encendido en aquel beatífico pueblo. Lo menos que hubiera podido sospechar la policía, era que aquel jíbaro bobón, que contemplaba la candela, con la cara risueña de un niño encandilado, fuera el autor de un incendio malicioso.

El pueblo entero creyó, que el fuego del almacén había sido otra jaibería de don Teodorito Valdepié para cobrar de su pólizas. Cuando la aseguradora se decidió a remover los escombros, buscando eximentes para su pleito, se encontró con un esqueletito meloso, que dormía como un bendito, anesteciado aún por la fragancia bruta y sucia de un calcetín de pulpero.

## TORMENTA PLATANERA

*Para Jesús María Sanromá.*

La tormenta platanera es un viento flojo que no arrasa ni mata pero que desaparta a un jíbaro de su rancho. Aquella noche, en que Isabelo Carrillo la oía silbar, apenas parecía una racha de viento metida en un carrucho.

La miseria se le ajotó detrás a Isabelo Carrillo el mismo día que nació. Isabelo Carrillo era un barrigoncito, con el pelo lacio pegado por el sucio, que se pasó casi toda su niñez callado. El primer callo lo tuvo a los siete años cuando empuñó el cacharro del agua en un cañaveral. Se acostumbró a andar entre hombres sometidos a la palabra ruda de un capataz. El capataz le gritaba a los picadores y los picadores le gritaban a él. Ambos gritos se perdían en la maraña verde. Si el capataz daba la vuelta el machete caía al suelo, sin ánimo para cortar, si los picadores se doblaban sobre los tocones oscuros, Isabelo Carrillo dejaba su cacharro quieto.

Cuando nadie pedía agua, el muchacho se sentaba en un vagón del desvío a mirar el cuadro que le servía de cuento a su niñez. El capataz era malo y el

jíbaro un hombre perdido en la maraña verde, una mirada bruta que no se iluminaba ni con el relámpago breve del machete. Además el jíbaro tenía esa mansedumbre extraña del peon de cañaveral de mi tierra, una mansedumbre que es peor que el viento flojo de la tormenta platanera.

En las tardes de sábado, el muchacho iba con los picadores al batey de la casa de máquina, a buscar su sobrecito y su trago de mabí picante. A los doce años la peonada le largó el primer trago de ron para reirse del muchacho. Pero no pudieron reirse porque el muchacho se lo bebió sin una sola aguera. El gesto le hizo gracia a un compadre grande que le preguntó:

—¿Aonde duelmes tú, piojoso?—

—En un vagón.—

—Tráite el lío pa casa. Allí tengo un colgadiso pa que enganches la lona.—

Isabelo Carrillo descolgó su hamaca y se fué al colgadizo de su compadre grande. Era la primera vez que tenía rancho desde que le cortaron el ombligo. Por un poco del sobrecito, la mujer de su compadre grande le ahumó un pedazo más de bacalao. La mujer llegó a tomarle cariño al barrigoncito porque era agradecido y porque ella no había tenido hijos. El compadre todavía quería mejor a Isabelo Carrillo. Caminaban juntos para el trabajo, alzando esa punta de sombra que tiene la madrugada del peón:

—Bonitas que son las estrellas pol la mañana, Isabelo.—

—Pa mí que están muy lejos.—

—Mejol pa caminal. Asina nunca se llega;— hablaban poco pero se entendían muy bien. Un día un

abusón se metió con el muchacho y el compadre grande le tumbó un brazo de un machetazo.

Por las noches, Isabelo Carillo mecía su hamaca en colgadizo de su compadre grande, con esa caliente calma que tiene el rancho propio. Aquella era su casa y los tres morirían de viejo. El muchacho no contaba con la anemia perniciosa que se agazapa entre los pantanos de nuestra costa cañera en acecho de algún jíbaro de piel blanda. Cuando más amañado estaba el muchacho, vió venir al peón con la muerte en el entrecejo.

Isabelo Carrillo se puso a mirarle los ojos a su compadre grande por si tenía algún encargo que hacerle a su compadre chico. El peón no se atrevía a cerrar los ojos, hasta que el muchacho no viera la angustia con que muere un pobre que deja rancho puesto a una mujer decente. Isabelo Carrillo le cerró los ojos al muerto, musitando una promesa.

A la otra madrugada cogió el machete de su compadre grande y se fué a picar. Las estrellas frías de la madrugada le parecieron más lejanas que nunca. El capataz aceptó la sustitución del brazo mozo, para que la viuda no muriera de hambre. Aquella noche el compadre chico descolgó la hamaca del colgadizo y se fué a dormir a la barbacoa con la encargada. Llegó a los dieciocho con mujer a su cargo y con un rancho viejo. Siguió tan callado como siempre, el pelo emplegostado, solo que en la mano tenía un relámpago que talaba la maraña verde. En el cañaveral aprendió la trágica mansedumbre que tiene el peón de cañaveral de mi tierra.

Con él la encargada dió hijos, uno, dos, hasta siete, pero todos morían sin arribo. En cada barranco de

Puerto Rico hay tanto lloro de huerfanitos que un jíbaro no tiene por qué preocuparse si no tiene hijos. Algun día Isabelo Carrillo estiraría la mano y cogería un barrigoncito, como su compadre grande lo cogió a él. Isabelo Carrillo salía por la noche a su batey, a tomarle el barrunto a las estrellas, con la calma lírica que tiene el aposentado.

El compadre grande de Isabelo Carrillo era un jíbaro desmemoriado que se olvidó de advertirle a éste que el colgadizo había entrado en el catastro de la colecturía y que no estaban pagas las contribuciones. Se lo recordó un alguacil, con un papel en la mano:

—Tienes que dejar esta punta, Isabelo.—

—¿Pol qué?—

—Ahora pertenece al rematista.—

Un hombre que tiene un relámpago en la mano no se asusta por una mudanza. Isabelo Carrillo cogió yaguas, mangle, bejuco y unas cajas de gas para el piso y paró otro rancho más arriba del catastro.

La mujer es un alma chinchosa, aunque tenga la chambra prestada y el corazón lleno de gusto. A la encargada no le gustó la mudanza y de tanto llorar su otro rancho se murió. El compadre chico la llevó a enterrar; miró al cielo, buscando entre las nubes a su compadre grande para darle cuenta, de que aquella mujer moría sin haberle faltado nunca la obligación de un barrigoncito agradecido. Isabelo Carrillo no sintió mucho que digamos la muerte de la melindrosa. Aquella era una encargada de su compadre grande y él la había alimentado y la había hecho parir siete veces, para que su amigo pudiera estarse quieto en el cielo, sin temor de que su mujer padeciera de las dos

hambres más feas que tiene una encargada. Ahora él buscaría una mujer en un velorio o en una rogativa y empezaría de compadre grande, en un rancho más encaramado.

La muerte es peor que una tormenta platanera para eso de desapartar a un jíbaro de su rancho; no había quien espantara el olor de la difunta en el rancho de Isabelo Carrillo. Por las noches los troncos de las jaguas sueltan un lamento punzante si se rascan su miedo y una mano invisible forcejea con la pita de la puerta, como si a la difunta le hiciera falta el calor de su hombre. Cuando una mujer sale chinchosa no deja a su hombre quieto ni después de muerta. Isabelo Carrillo no esperó a que la difunta se le colara otra noche en la barbacoa.

Se encontró de nuevo, andando solo por el camino que le robó su miedo de niño, impelido por el viento platanero que desaparta al jíbaro de su rancho. Lo malo era que ahora llevaba en el lío lo peor que puede un hombre cargar en el guacal: un alma de peón. El peón es un alma humilde y mendinguea hasta que encuentra trabajo.

Se lo dieron en otro cañaveral, donde empezó su vida de siempre, pero esta vez con puño de compadre grande. Habló con el capataz lo de hacer un rancho allí, porque él venía de muy lejos:

—Coge una punta de ese monte, siempre que no cortes los árboles.—

Isabelo Carrillo no se hizo repetir la orden. Le metió mano a su segundo rancho con una voluntad tan terca, que a las tres noches estaba colgada la hamaca de los cabezales. Había una densa paz en aquel mon-

te. El susurro de la brisa en la hoja de caña es blando; no tiene el lamento punzante de las jaguas, ni el forcejeo espectral del viento contra la pita. Cada domingo Isabelo Carrillo le añadía un nuevo alero a su rancho o apisonaba un pedazo de su batey o hacía un fogón de barro. El peón se encontró sembrando un gancho de trinitaria, poniéndole un cajón de pino a la letrina, con un presentimiento nupcial.

El le había hojeado una cuñada que gravitaba sobre otro peón y casi estaban en trato. La apalabrada tenía cara de buena paridora y todas las tardes se alisaba las trenzas con aceite de coco. Aunque estaba en los treinta, no se le veía por ningún flanco al ajojotamiento.

Una mujer limpia, que sea bonita además, es una ganga. A Isabelo Carrillo se le vistió el corazón de enamorado. Su otra junta fué con una mujer encargada para que muriera en paz su compadre grande. Pero aquella trenza perfumada con olor de verbena, aquel sobaco de alambre dulce, era como una pulpa de novia. La jíbara se dió cuenta de que pronto tendría rancho aparte y se puso a remendar sus camiselas, pasándole una cintita colorada al pasacintas.

Se personó el capataz con una orden extraña:

—Hay que mudarse, muchachos. La central ha decidido sembrar hasta acá arriba. El acarreto no cuesta lo que nosotros creíamos.

—¿Y aonde vamos a vivil nojotros?—

—Allá ustedes. La tierra es de la central y tienen que largarse. Mañana empieza la tumba.—

Sentado frente a su rancho, Isabelo Carrillo vió como moría de unos cuantos hachazos de la brigada, el rancho donde él había puesto su nueva voluntad de

aposentamiento. El viento en la caña silbaba mansamente, sin voluntad para quebrar un cañuto. Huyó de la pieza, con dos sobrecitos dándole vueltas en la mano, para no verle la cara a su apalabrada.

La miseria es peor que una tormenta platanera cuando se le ajota detrás a un peón. A veces el picador tiene el machete tumbado hasta que llega la zafra. Hay que dejarse llevar por el viento flojo, a lo sucusumuco, para no tropezarse con el hambre, en busca de un compadre que le haya ganado la garata al colector u otro que tenga una batatita a flor de camino, para darle su tirón. El mendingueo o el hurto no deja que a un peón lo mate el hambre mientras crece la caña.

Peón sin rancho, machete sin zafra, es el mejor turista que tiene nuestra tierra. Camina de un lado para otro, mirando al suelo, por si a alguien se le ha caído un vellón en la carretera. Lástima que por la noche no encuentre algún mármol de capitolio, o un porche de ateneo, o un banco de plaza pública donde dormir, para librarse de la llovizna que con su chin chin malévolo le amarga la noche, a quien tenga que dormir bajo un vagón de desvío. Isabelo Carrillo miraba a las estrellas humedecidas pensando en su compadre grande:

—Mientras más lejos, mejol pa caminal; asina no se llega nunca.— El que trasnocha sabe que no hay momento más cruel que la noche para acuciarle la orfandad a un hombre, aunque tenga alma de peón. Isabelo Carrillo tuvo que hacer otro rancho para que no se le congelara la mantequita de sus coyunturas.

Aquella vez escogió el cascarral más inhóspito de la cresta, una de esas sínsoras que por la noche las

emborrona el cielo. Allí hizo un rancho enteco, empotrado casi en la laja, con la penca rala y el bejuco sobraquero que da el altío. Bajar de aquel rancho era un descenso de media madrugada. El colector lo había dejado fuera de la recaudación y los capataces ni siquiera miraban para aquel picacho huraño. Un día se presentó el dueño con una burla en los colmillos:

—Mi amigo, hay que admirar el valor de usted.—

—¿Pol qué?—

—Vivir aquí es como mudarse al infierno. Puede seguir usted si gusta; ahora no se me embrave por acá, ¿eh? Yo, a los embravados, los cazo de lejos, con una escopeta.—

El alma de un peón no se embravece ni con la mordida de un perro mallorquín. Isabelo Carrillo casi se reconcilió con la laja que circundaba su rancho. Hizo su siembrita, le puso unas duelas a la conuquera. El ruido agorero de la noche le iba bien a una ánima como la suya, que había estado callada durante tantos años. Alguna noche de pachorra pensaba en la apalabrada, pero le remordía condenar a una mujer a caminar tanto por una acostada con varón. El rancho era el único ojo despierto que tenía aquella sínsora. La vida llegaba colada por un montón fabuloso de hojas; el viento era fuerte pero se dormía con el ruedo seco.

Ya la había florecido su primer gancho de cariaquillo cuando se presentó de improviso, casi sin teñir el cielo, la tormenta platanera de mi cuento. Por la tarde había habido un poco de lluvia, de esa lluvia que lava las hojas y bruñe la barranca. Pero ya a flor de noche, por el páramo marino y por la tierra muerta, las nubes bajaron la tormenta. La tormenta tiene un

olor mugroso que le hincha la nariz al jíbaro; es un vaho caliente, como si el aire cargara paja y fuera denso al respirar. Bajo la planta del pié se siente que la tierra aprieta sus entrañas milenarias para que no le disloquen sus raíces.

El empotrado se amarró la cintura con esa calma chicha que tiene el jíbaro tormentero. A un nieto de San Ciriaco no le baja los calzones un vientecito de temporal. Isabelo Carrillo sabía que el huracán necesita pecho bravo para que el jíbaro amanezca vivo. Atrancó su rancho, desamarró la soga y descolgó el espadín:

—Agora pues venil, que aquí te espero,—le advirtió el jíbaro al huracán.

Desgraciadamente no era un huracán el que tocaba a la puerta de Isabelo Carrillo. El huracán pelea con el hombre para matarlo, le jamaquea el rancho lo mismo que la conciencia, le aluza bien los ojos, le despierta la mano para que empuñe su destino y cuando pasa, el tormentero le da gracias a Dios por haberle salvado el pellejo y se siente fuerte porque él está vivo, mientras a su alrededor están desentrañados hasta los guayacanes de la tierra. El rancho patas arriba, el río cebado, los árboles truncos, pero el hombre vivo. Sin embargo, la tormenta platanera es la peor tormenta que puede azotar a un hombre de esta tierra.

Espera que te espera el viento bravo, que tan bien le va a la cintura de un hombre, con la nariz abierta y el puño en el espadín, pasa el jíbaro dos, tres horas, viendo como un vientecito mongo lo desvalija mientras a él se le disuelve el coraje, su ansia de pelea con un

aborrecido que no tiene cuello ni pié, viento jaranero que desgancha la fruta, desatierra la vedura y agujerea la penca para que el jíbaro abandone su rancho. El rancho gotea por las mil rendijas que en la vida de un hombre deja un viento flojo; no hay una sola batata en el bejucal, ni una calabaza en el cordón, pero todo está vivo para un nuevo empezar, menos el hombre que se siente muerto y sin gana de remiendo. ¡Tormenta platanera, maldito viento flojo que ni arrasa ni mata, pero que desaparta a un jíbaro de su rancho! Aquella noche en que Isabelo Carrillo la oía silbar, en el último rancho que hizo, apenas parecía una racha de viento metida en un carrucho.

Isabelo Carrillo comprendió que un alguacil sin cabeza le había dado una nueva orden de partir. Caminando llegó hasta un arrabal de la ciudad, aplatanado por los cuatro desahucios, sin hembra de axila dulce ni voluntad para buscarse cobija. ¡Jíbaro platanero en la ciudad es un peligro para fomentar el turismo! Anda todo el día tras su velloneo, jeringándole la madre al turista.

## CAPATAZ BUENA PERSONA, MONTADO EN CABALLO BLANCO

Para *Manuel García Cabrera*

Quirincho Morales nació tan paciente, que la paciencia le chorreaba por el cuerpo como una mantequita. Sus coterráneos en ese limbo telúrico que forma el cañaveral,— jíbaros lijosos, con cuatro callos de misterio en la conciencia, por cuya somñolencia de encuclillados no se atrevía a pasar una ardilla,—se mofaban constantemente de la falta de astucia que tenía Quirincho para luchar con la caña.

La verdad patética era que Quirincho Morales no entendía bien la caña. La caña es una de las maldiciones que puede caer sobre un hombre, cuando el hombre no la entiende bien. Se puede dejar en ella la cintura, la alegría, la voluntad. La cuestión estaba en cogerle cariño a las cepas. Tan bonita la hoja larga, con su lindo plumerito de guajana para desollinar las gotitas azules de un amanecer. ¡Era una pocavergüenza de la suerte tener que cortar aquella lindura del cielo! Había que machetearla despacito, casi pidiendo permiso, sin prisa, sin fatiga, con el gesto remiso que puede adoptar un hombre que se vea obliga-

do a machetear a una amiga. Quirincho Morales no entendía ésto. Le metía mano a aquel horizonte corto, tumba que te tumba, limpia que te limpia, como si al otro extremo de la pieza estuviera la paz de sus ojos. El capataz anda siempre en busca de este tipo para acabar con él.

El capataz no podía creer en la furia honrada que se traía el brazo de Quirincho Morales; tampoco le gustaba la cara de susto que echaba el peón cuando el capataz se le ponía cerca; no le vió nunca echar un buche de agua para holgar. Quirincho Morales se mataba trabajando pero el capataz creía que el peón lo estaba estafando. Quirincho Morales aguantaba pacientemente los malos modos del capataz. A la mejor para llegar a capataz había que echar aquel modo malo; a lo mejor la central le exigía al capataz que se amarrara a la cintura aquel genio, para que no se le durmiera el corte. Como en Puerto Rico hay tanto brazo colgado de los alambres, el capataz siempre terminaba por botar a Quirincho Morales y coger otro peón que entendiera mejor la caña.

Pero la paciencia nunca se le encintaba a Quirincho Morales. De tanto como anduvo de una brega para otra, se encontró un día en un ordeñadero, al cuido de unas lecheras. Entre ubres y baldes vivió algún tiempo el alma paciente de Quirincho Morales. El ganadero quebró porque se le secó la quebrada con la cual adulteraba la leche. Hubo que sacar a Quirincho Morales, casi a palos, de su nuevo oficio. Le aterraba la idea de volver a la caña después de haber gozado del dulce picor de la ganadería rural.

Se le vino a la mitad de la gana un corte, donde

estaban buscando rompehuelgas. Tampoco le gustó Quirincho Morales al nuevo capataz. El capataz de rompehuelgas es el último perro que le queda a la colonia y al corte de caña. Husmea la pisada del pegador de fuego, con la misma rabia con que en el pasado, husmeaba el pasito del negro cimarrón. Tiene siempre una mano puesta en la culata del revólver. Todos los días le rompe el hocico a algún timorato, para justificar su jornal de bravucón. Los ojos cortitos de Quirincho Morales nunca se despegaban del suelo cuando el capataz maldecía cerca de él. Llegó el día en que le tocó el puñetazo a Quirincho Morales. El peón cayó entre dos tocones, con la cara bañada en sangre. Por unos momentos, Quirincho Morales gozó de la exánime dulzura de creerse muerto; miró al cielo con una sonrisa tan profunda. que el capataz se asustó. Le jamaquearon el brazo, le tiraron tantos cubos de agua en la cara, que no tuvo mas remedio que juntar otra vez su paciencia deshecha, y seguir viviendo. Los picadores ganaron la huelga y la central mandó a otro capataz, más tolerable para la peonada.

Aquel si era un capataz con quien se podía trabajar. Pronto la peonada se acostumbró a la boca chistosa de aquel gordiflón, cebado con costillas de cerdo y plátano verde, que cuando un peón decía una picardía, tenía que atajarse la risa en mitad de la pretina para que no se le saltaran las morillas. Cuando llegó al cañaveral, reunió a la peonada debajo de un guanabanillo y les confesó abruptamente que él venía del campo socialista. Desde que entró, no podía ver una gota de sudor en el mameluco de un picador sin que le man-

dara a descansar un rato. A Quirincho Morales le olió el susto tan pronto le puso los ojos encima:

—¿Por qué me miras con esa cara de miedo, bobo?—

—La omildanza que le retoña a uno pol dentro. . .—

—Pues mientras yo esté en ésto, me dejas el susto colgado en la espequera. Aquí todos somos iguales.—

El capataz tenía un caballo blanco que era el único lomo de la finca que podía con la barriga estrepitosa del capataz. Era un patillano musculoso, de cola viva, cuya blancura se distendía desde los morros hasta los espolones, en un sudoroso cabrilleo. Desde el primer día que lo vió, Quirincho Morales quedó fascinado por el caballo blanco de su capataz. El peón se le acercó tanto al caballo que el capataz le concedió la gracia de cuidar de su patillano. Quirincho Morales lo tenía reluciente, con tres aceites diarios, sin una sola ortiga en la cola. Pronto el capataz hubo de comprender, que Quirincho Morales era la única garrapata que mancharía la blancura de su caballo. El capataz se reía de la amorosa garrapata pero Quirincho Morales se sentía feliz. No todos los años, en un corte de caña, un peón se encuentra con un capataz buena persona, montado en un caballo blanco. Capataz buena persona, montado en caballo blanco, es casi una estampa de Dios. Por sus dentros, el capataz empezó a desarrollar un marcado interés en la lealtad oscura de Quirincho Morales.

Una noche se lo llevó a la sombra del guanabanillo y le hizo una proposición extraña:

—Quirincho, tienes que ayudarme a hacerle un

favor a un amigo mío, que tiene una finquita mas arriba de este replante.—

—Lo que usté mande, patrón.—

—La central tiene mucha semilla y él no tiene ninguna. La cuestión es engrasar bien las yantas para pasarle uno o dos carros de semilla al pobrecito, sin que nadie lo oiga, ¿me entiendes?—

—Entiendo, patrón.—

—Claro, el favor tiene que quedar entre tú y yo. Los ricos creen que ésto es un robo, pero tú y yo sabemos que si los pobres no nos ayudamos, los ricos acaban con nosotros.—

La finquita del amigo del capataz debía ser casi tan larga como la línea del horizonte, porque Quirincho Morales gastó semanas y semanas, noche tras noche, pasando dos, tres, cuatro carros de semilla, hasta un ayuntadero, que se necesitaba ser fantasma para trasbordar por él. El capataz nunca permitió, que la central llegara a enterarse de lo magnánima que puede ser la caridad de un capataz, cuando quiere ayudar a un pobre. Pero la peonada se dió cuenta del ruídoso cariño que el capataz sentía por Quirincho Morales. El caballo blanco ya saludaba a Quirincho Morales, como a un alma amiga.

La felicidad siempre viene completa para aquel que nunca ha andado tras de su rabisa. Un día, Quirincho Morales descubrió en unos abreñales donde no se daban mujeres, a una mujer tan bonita, que se quedó entontecido de gozo. Tenía la pelleja blanca, el cuerpo como un guano azulenco, dos plumones chicos por pechos. Los ojos de la mujer eran de ese color indefinido que tiene la hembra cuando se encuentra acorralada por el hambre. Quirincho Morales la escondió

en su bohío, con la emocionada usura del ladrón que se hurta una begonia.

La primera noche que durmió con ella le pasaba la mano por encima, con una sorpresa, con una suavidad, que casi no la tocaba. El cuerpo de la mujer tenía cosas tan vagas y tan sensibles, que Quirincho Morales temía que la mujer se le desboronara debajo de la mano, como una estrella de sal. Ella, por su parte, musitaba cosas que Quirincho Morales nunca había oído, unas cosas pegaditas al oído, que hacían extremecer de voluptuosidad hasta la manta remendada que cubría su primera noche de amor. Quirincho Morales tuvo que hacer un esfuerzo sublime, para apretujar contra su cuerpo tosco la carne suspiradora de su manceba.

El capataz tiene la obligación de ojear la finca para que nadie le robe la leña, ni le rompa las higueras, ni le cargue con el estiércol. Al capataz le gustó el claror azulenco de la nueva agregada. Un día se lo dijo casi de broma:

—Vas a tener que hacerme un favorcito, Quirincho.—

—Lo que usté mande, patrón.—

—Regalarme la nena tuberculosa esa, que tienes escondida allá arriba, amigacho.—

El vuelco que le dió el corazón a Quirincho Morales fué tan brusco, que se fué de bruces sobre el camino, lo mismo que una garrapata, cuando se desprende los ijares de un caballo. Viendo el alboroto que se traía el corazón de Quirincho Morales, el capataz dejó el asunto para ajustarlo otro día, a la sombra del guanabanillo.

Quirincho Morales se dió cuenta, de lo hondo que puede usufructuar una tierra, un capataz buena persona cuando va montado en un caballo blanco. La mujer que vive en finca ajena es casi una ganga de la tierra, lo mismo que la leña, la higuera o el estiércol. Tan pronto se sintió asediada por el capataz, la asustadiza begonia abrió los ojos con todos los pétalos de la pestañera llenos de avispados cálculos. Es mejor mascarle los costurones a una almohada que besarle la bemba a una mujer que quiere irse con otro. Ahora, cuando Quirincho Morales le pasaba la mano a aquel cuerpo, lo encontraba mas espinoso que un espinillo. En el alma desolada de Quirincho Morales, fué arrellanándose poco a poco, la visión de una begonia destripada por la panza estrepitosa de un capataz. A lo mejor era natural que él le entregara aquella mujer al capataz. A lo mejor él no sabía como hay que amar a una mujer para que se esté quieta. Sus experiencias de enamorado habían sido peores que las de cualquier perro de la finca. Alguna mujeruca del camino, que dejaba a un lado su batea de mampostiales y se levantaba su saya de horrores, para hacerle un favor a un peón desarbolado.

Una noche, al regresar de un piadoso trasbordo de alfajías que había pedido otro amigo necesitado del capataz, Quirincho Morales vió cuando el capataz brincaba por una ventana que la mujer le había dejado abierta. La miseria puede encanallecer la conciencia de un hombre, hasta hacerlo perder la rabia. Quirincho Morales se encogió de hombros y se fué a dormir a la carretería. El capataz mandó a la begonia a regar abono para alivarse un poco los riales. La mujer empezó a trabajar con una pata mohina y la otra suspi-

rando. Al poco, Quirincho Morales la recogió de un charco de sangre, con los ojos virados hacia el dudoso paraíso donde van a parar las regadoras de abono. Cuando llegó el capataz, Quirincho Morales le tiró en los brazos a la moribunda. El capataz estaba tan irritado, que por poco restraya a la moribunda contra el suelo. Por muy buena persona que sea su capataz, no le gusta que la gente se le muera en el trabajo. La peonada murmura, la central regaña, el gobierno chismorrea. Todavía tardó la obrerita algunas horas en morir. Quirincho Morales volvió a pasar una noche completa al lado de su begonia. Tuvo él mismo que amortajarla, cargarla a la mañana siguiente, hacerle el montoncito sobre la tumba. Quirincho Morales se puso a mirar aquel montoncito con una ambición un poco turbia. Que bueno si él pudiera morirse allí, lo mismo que un can que deja de menear la cola.

Pero ningún peón puede morirse mientras su capataz lo necesite. Ni siquiera tiene tiempo para sumergirse en la bobas lealtades del recuerdo. Después de muerta la begonia, Quirincho Morales se dió cuenta que su destino de peón se le había fundido con el destino del caballo blanco de su capataz. El no sabía a quien le pertenecía mas; si al capataz o al caballo. El caballo tenía que aguantar la panza estrepitosa del capataz y el peón tenía que soportar la voracidad piadosa del capataz. En ambos cabalgaba aquella voz de mando, que Quirincho Morales conocía casi desde que tenía uso de razón. Se acostumbró a caminar al lado del caballo, insensible a las coces del animal y a las espoladas del capataz. Alguna que otra vez, el capataz le acariciaba la greña al peón creyendo que estaba

acariciándole la crin al caballo. Alguna que otra vez le cruzaba la cara al peón creyendo que estaba afoeteándole el riñón al caballo. Quirincho Morales no se rebelaba contra el equívoco, ni sabía a quien de los dos se había apegado su último cariño. A lo mejor el capataz era bueno porque el caballo era blanco. A lo mejor el caballo era blanco porque el capataz era bueno. A lo mejor la misma bondad circulaba desde la cerda lustrosa del caballo hasta el cuero tostado del capataz. Ya Quirincho Morales no podía separar, el uno del otro, para otorgarle la famélica lealtad de su alma de peón. El capataz se reía de aquellos encariñamientos que tan productivos le resultaban a su panza estrepitosa:

—Como este hombre me siga así, tengo miedo que un día cualquiera me conteste con un relincho.—

—Si que está amañao el cuidadol.—

—Ahora lo que usted no sabe, es como queremos el patillano y yo a este bendito.—

Una noche, sin embargo, se volcó de un solo traspié la amistad de Quirincho Morales con el capataz y su caballo blanco. Con la primera lechada de un amanecer, llegó la voz de fantasma de Quirincho Morales hasta la oreja peluda de su capataz:— patrón, levántese que se me ha roto una yanta antes de llegal al trasbordo.— El susto de un capataz buena persona, es la peor espuela que puede caer encima de un caballo blanco, cuando sale mal un escamoteo de semilla. El patillano piafaba por los pedregales de la amanecida, tascando los segundos de la impaciencia de un capataz furioso y un peón tembloroso. Bastaron cien gotas de rocío sobre una hoja azulada para que rodaran a un precipicio, un cabrilleo nervioso, una panza estrepitosa

y un alma de garrapata. El caballo cayó desnucado, con la boca botando baba y sangre. Un gemido del capataz le indicó a Quirincho hasta donde había rodado su capataz. El capataz nunca había visto saltar un peón hasta un pescuezo de capataz. Quirincho Morales solo le dió dos puñaladas. La mas leve de ellas le cercenó la cabeza.

Yo fuí el abogado de oficio que defendí a Quirincho Morales por la muerte de su capataz. El fiscal lo acusó de haber dado muerte a un pobre empleado de una administración, que lo sorprendió robándose la semilla de su patrono. Hasta la begonia con su claror azulenco y sus pechos de guano salieron a relucir en el mañoso informe que le hizo el fiscal a un jurado de severos terratenientes. Aunque yo me sé, de dolido, lo mucho que soba su retórica un fiscal para ganarse el endoso de un ingenio cañero, apenas pude defender a Quirincho Morales. Cada vez que intentaba esclarecer un hecho de la defensa, el peón alzaba dos ojos idiotizados de unas manos juntas y me preguntaba él a mí:— ¿por qué aquél hombre se caería del caballo?— Todavía cuando lo acompañé hásta la puerta de la penitenciaría, se volvió con sus ojos cortitos, envueltos en una nube pétrea, y me preguntó:

—¿Por qué aquel hombre se caería del caballo?—

Yo no tuve valor para despojarlo de la única pregunta que tal vez no encontraría respuesta durante sus treinta años de recluso. Yo no tuve valor para decirle, que toda su tragedia de hombre manso, consistía en habérsele roto dentro del pecho, el último símbolo poético que le quedaba a la canallería patriarcal, del capataz de una colonia de caña.

## EL NIÑO MORADO DE MONSONA QUINTANA

Para el doctor *José S. Belaval y Veve*

Por la mañana, Monsona Quintana le dijo a su marido Anacleto Quintana:

—Anoche nos nasió otro. Yo no quise dispeltalte. Me las emburujé yo sola como púe.—

El padre no se conmovió mucho que digamos con el nacimiento del nuevo hijo. Eran dieciseis picos pidiones que tenía bajo su techo y los hijos no se alimentan con pepitas de cundiamor:

—Haberá que compral algo, me imagino— indagó recelosamente.

—Ya le he remendao el coy y le he jecho unas batinas pa vestil. No te apures.—

—Endispué idré a vello,—respondió el padre, un tanto aliviado, tirando para sus abrojales.

A Monsona Quintana le dolió más el despego de su hombre que el parto: —Este canijo no me va a querel a mi guimbo. ¡Mía que ilse sin mirallo!— Ella que estaba desesperada por acabar con el café de la mañana, para darle una mirada de tres yardas de largo a su guimbo precioso. Los picos pidiones de la

casa, estaban agolpados alrededor del coy, velándose los ojos al reciennacido:

—¡Mai, que chiquitito es!—

—Entoavía no ha estirao una patita.—

—¿Cuando abrirá los sojos, mai?—

Oyendo el cotorreo de los picos, Monsona Quintana se desesperaba, sin poder echarle a su guimbo esa primera mirada, donde una mai busca con que hilos de lucero le han bordado a su niño. Pero ni siquiera esa sensiblería le está permitida a una jíbara de mi tierra, cuando pare por la madrugada. Dale que dale a la paleta del café para que tueste la hedionda, mas pendiente el ojo del coy que del humero, mas llena de curiosidad la cara que de entuertos la cintura; por fin pudo servir el café, cargar su latón de agua, apagar las tres piedras, y con el corazón echando llamas, ir a mirarle la carita a su guimbo.

El niño de Monsona Quintana era uno de esos niños morados de nuestra montaña, pobre motete de cera escrofulosa, cañamazo trágico donde borda la tuberculosis, a quien nunca se le conoce otra color que no sea la color de la muerte. Al contemplar aquel pellejito humano se embraveció el alma amorosa de Monsona Quintana:

—¡Guimbo bonito, mas que bonito, precioso, mas que precioso, devino!,—cantaleteó su corazón de mai, agarrando su lío morado.

Monsona Quintana es una jíbara estracijada de mi tierra que ha parido diecisiete veces; tiene la barriga tan dilatada que ya su marido nunca sabe cuando su mujer está embarazada. La maternidad se ha tragado la juventud de la jíbara, que una vez tuvo colores de camándula y pechos de tórtola dormilona. Ahora

solo queda una mai imaginera, agotada de tanto cargar la quebrada hasta la casa, sin mas cintas, que los pequeños cintajos que siempre lleva colgados en el alma, una mai jíbara de mi tierra. Esta vez el cielo ha querido hacer un escarmiento en el bohío de Monsona Quintana. El último hijo le ha nacido tan raquítico, que es casi una sobraja de hijo:

—Si al menos entuviera leche pa éste,— suspiró la jíbara, tentándose el colgajo.

El guimbo se decidió a estirar una piernecita y la mai se olvidó de toda su miseria. Aquella mezquindad de hijo, que se atrevía a moverse entre un montón de harapos, volvió a poner a la mai imaginera:

—¡Mía que piese mas bonito que me ha sacao mi guimbo!,— voceó Monsona Quintana, coleteando su goce de paridora. —Tié colol de indio el angelito.—

Se fué a prepararle una aguita de tautúa para que soltara la borra. Se había sacado una botellita y un teto nuevo de su propio buche, a fuerza de un ahorrillo de granos, sin que el marido husmeara que estaba la sopa corta. El guimbo se la bebió sin apretar el bembe. Estaba dormido en un sueño de caracol, un sueño de niño morado, el sueño que casi se parece a la muerte, pero que para Monsona Quintana era como el reposo de un serafín a quien le están remendando el ala: —¿Pol qué me haberé encariñao tanto con este guimbo?— se preguntaba con indomable alegría, una mujer a quien la maternidad no podía ya darle un solo goce, una mujer que había apurado, año tras año, el romance de la barriga.

Cuando llegaron las otras piponas del barrio, Monsona Quintana les presentó a su guimbo morado con

la soberbia de haber parido el hijo mas fino de su comisariado. Una de las barrigonas alzó el niño, soplando su sinfonía de boca:

—Mía que mono es, Monsona! Aojalá el mío me salga asina.—

—A mi me está un poco amorotao. ¿Tendrá frío?,— inquirió una, menos entusiasta.

—Vas a tenel que criarlo con leche maúra. Pa mí que éste te ha nasío delicao— la previno otra, tragándose un poco la repugnancia.

Monsona Quintana les arrebató el guimbo con una furia alegre, para matar el augurio. ¡Bah!, chinches que son las mujeres cuando tienen barriga. ¿Qué iba a estar amorotado su guimbito precioso? Aquella era color de indiecito, color de gallito morado de palizada jíbara. Bien podría ella quitarle el frío, si lo tenía, con su calor de mai, bien apretujado su guimbo en el nido hondo de su vientre adiposo. Aquel niño venía del cielo, con un pico de pitirre, a ser el hombrecito que le sirviera a su mai, cuando el guimbo fuera comisario y tuviera una mai impedida.

Pero la charla de las piponas dejó durante todo el día una roncha en el alma de Monsona Quintana; una de ellas apenas se había atrevido a mirar el guimbo de Monsona Quintana, como si tuviera miedo de que se le pegara el mal de ojo al por nacer. ¿Estaría de verdad enfermo su guimbo? ¿Tendría frío? El nene era de tiempo y había coronado en un solo dolor; apenas se le había hinchado una vena para parir. El guimbo quiso ahuyentar la zozobra de su mai, tirándose el primer berrido. Monsona Quintana brincó,

mas riscosa que una cabra, a desnatar la primera hambre de su guimbo.

Vino una comadrona, de ojos viejos y manos sucias, a verle el ombligo al niño morado de Monsona Quintana:

—Me han dicho que lo de anoche fué ligero.—

—Casi sin dolol. No tuví que dispeltal a Anacleto. Adigame usté, ¿me le vé usté algo malo a mi guimbo?—

—Yo no le vedo ná malo. El colol que no es de salú. Ya te he dicho que no calgues tanta agua cuando estés asina. Esas cosas jacen mal.—

—Pero, ¿ha veído usté algunos como éste?—

—Si, mujel. Solo que se crían esmirriaos y dan mucha fatiga. Yo te trairé algo pa tu guimbo.—

La fatiga que pudiera ocasionarla el nuevo nene no le importaba nada a Monsona Quintana. Fatiga de madre estaba ella dispuesta a padecer por su guimbo desde la mañana hasta la madrugada. Ya verían aquellas piponas melindrosas, de lo que era capaz una mai jíbara, para matarle el frío a un guimbito enfermizo. Ella estaba dispuesta a despezuñarse por salvar a su comisarito. Se quitó sus naguas nuevas para hacerle unos buenos pañales, se puso los ojos en el coy, y la oración en Santa Rita, patrona de los niños jíbaros. Dos o tres días mas tarde, le pidió a su marido:

—Tráime una sobrina pa que atienda la casa. Yo, dende agora, quieo estal pindiente del guimbo na más.—

—¿Está enfelmo?—

—Asina me han dicho. ¿Quiés tú vello que eres pai?—

Anacleto Quintana se acercó al coy y miró al guimbo pedazo a pedazo. El marido estaba francamente

nublado. Era la primera vez que le veía a su jíbara una calenturita en el mirar, que desmadejaba el brío sublime de su criandera:

—Yo no le vedo ná. Un chis flacuenco, sí.—

—¿Tú crees que esté enfelmo?—

—¡Njú! El colol paese como de mosesuelo. Algunos se mueren casi nacíos.—

La verdad no podía entrarle por los moños a Monsona Quintana. Tenía susto de que su guimbo le hubiera nacido un poco ñangilucho, pero su corazón alentaba una esperanza insobornable. Lo que su guimbo necesitaba era su calor de mai, para criarse mas lindo que un gallito morado, y allí estaba ella, mas estracijada que un cuero de becerra, pero mas brava que un mayoral, dispuesta a no dormir, ni a cabecear, para que su guimbo sanara.

Anacleto Quintana tuvo que traerle una sobrina que atendiera los piches y la marota. Monsona Quintana se arremangó bien la esperanza, para disputarle su guimbo a la muerte. El marido la miraba, mas asustado de la calentura de ella, que de la color de su último hijo:

—Te estás matando, Monsona. Arrecuéstate un rato.—

—La muelte no se lo pué lleval mientras yo le tenga un ojo puesto ensima,—murmuraba la jíbara, sacudiéndose la fatiga.

El guimbo se había sepultado en el vientre de Monsona Quintana, como si otra vez se le quisiera extravasar en las entrañas. No había forma de separar el uno del otro, mirándose a los ojos, morado él, apesar del lindo almidón de marunguey con que Monsona Quintana le empolvaba los pellejitos para taparle la color,

amarilla ella, con ese color que da un insomnio cuando se junta con otro.

Algunas veces el cielo, compadecido de aquellos ojos hinchados, de los tobillos sonámbulos de la estracijada, decidía descoser al guimbo del vientre adiposo de la madre. Le entraba un fogaje al nene, que se sabía que estaba vivo, por el ronquido metálico que profería cuando boqueaba. Monsona Quintana clavaba los ojos en el cielo, con una mirada tan hosca, que bajaba despavorido el angel de la guarda en persona, temiendo una blasfemia. El marido protestaba, convencido de que nada podían contra aquella color, que en los niños jíbaros de mi tierra, es casi un tizne de la muerte:

—Se te va a pegal un mal como sigas asina, mujel.—

—La muelte no se lo pué lleval, mientras yo le tenga un ojo puesto ensima,— perjuraba la madre en espera del milagro, impasible ante los sufrimientos de su matriz macerada.

Noche tras noche, se ponía al sereno la cernada, de donde se tomaba el pellizco de ceniza para la leche madura del guimbo; día tras día, fallaba una nueva yerba, hasta entonces infalible para desaventar el atolillo; hora tras hora se agrandaba la ojera agónica de la mai. Ya Monsona Quintana no es la jíbara imaginera, con cintajos alegres colgados en el alma; es una mai terrible que no se rinde ante la acechanza espectral de la muerte, con un pañal de llorosa tendido sobre su barrigona dilatada, con una oración implacable crujiéndole en los labios, para que el cielo no pudiera olvidarse de ella.

Porque el martirio de Monsona Quintana no debía

terminar en un mes, ni en dos, ni en tres. El guimbo se moría lentamente, cosido aún a las entrañas de la mujer, como si quisiera llevarse con él a su mai, para dormir juntos un sueño de canto, bajo sábanas moradas. ¡Monsona Quintana, jíbara desgraciada de mi patria, máter estracijada, a quien le falla con la teta exhausta su ambicioncilla láctea de mai, con la oración inflexible la voluntad del cielo, con la miseria del bohío el auxilio de la tierra!

Llegó el momento en que el guimbo empezó a quejarse con su quejido de niño morado, a quien la muerte le va dando poco a poco sus tironcitos, para irlo descosiendo del vientre que lo ampara. No hay tuna caliente que pueda con un frío, que le ha endurecido todos sus pellejitos; no hay baño aromático que pueda con un fogaje, que va derritiendo, gota a gota, la cera escrofulosa. La mai lo pasea con tranco medroso, con rabia de pasión, con la fe maltratada por un cielo inexcrutable hasta donde, a veces no llega el rezo de una jíbara. La curandera no sabe como acallar aquel quejido, que ya Monsona Quintana siente salirle de su propio vientre sangrante.

El padre torvo esperando un doble entierro, los picos mudos por temor a que su risa ofendiera al niño que se moría, y el lamento monocorde de una madre cerrera, todavía con una súplica monstruosa prendida en la voz:

—No se muera mi guimbito precioso, no se me muera; míste que su mai se va a queal muy solita si usté se le muere,— suplicaba la mai, apelando en último lloro, al soplito de conciencia que pudiera contener aquel cuerpecillo convulso, repitiendo cada palabra

como si fuera la letra de una nana trágica, dándole el dulzor de veinte cálices plañideros al moribundo.

Pero el guimbo se murió; se le escocotó a la madre de los brazos, cuando ya Monsona Quintana estaba vidriosa de rencor y de fatiga. La muerte tenía que recaudar aquella piltrafa de amor que era casi una aberración de la vida. Nadie se atrevió a cantar ni a bailar, en el velorio del niño morado de Monsona Quintana, temeroso todo el barrio de la mirada blasfema de la madre, que no bajaba del cielo.

Yo ví el entierrito del niño morado de Monsona Quintana. Me lo topé una tarde en que iba en un carro del gobierno, tratando de venderle la policromía munificente de nuestro paisaje a unos turistas norteamericanos. Lo llevaban a enterrar Anacleto y sus compadres, en un cajoncito blanco, con tres coronas de flores de papel que portaban unos niños moquillentos, cundidos de piojos y de lágrimas; una mohina comparsita de ángeles de pies descalzos, que no se atrevían mirar hacia el cielo.

En mi tierra la que pare, cría, camaradas, aunque a muchas se les escocote el guimbo escrofuloso de los brazos.

## SANTIGUA DE SANTIGUERO

Para *Rafael Montañez.*

El santiguero tendió en su camastro el cuerpo del enfermo que había caído de bruces en la cuesta del barrio Juan Martín. Era un montoncito de hombre, con las cejas lampiñosas, que tenía el pantalón agujereado por la miseria. Sus ojos estaban cerrados por una fatiga tan profunda que parecía tener los párpados cosidos. Cuando el enfermo estuvo acostado, el santiguero se santiguó y le dió la primera santiguada a su paciente:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que no llegue jasta tí la muelte.—

El enfermo no se movió, pero el santiguero estaba tranquilo. La primera santiguada de un santiguero detiene la muerte que ronda el bohío del jíbaro. La santiguada le baja del cielo al santiguero, para que libre las almas en la tierra de toda apretura mortal. Es un exorcicio probado contra los zarpazos que le tira la muerte a todo aquel, que camine por un camino

sin acordarse, que los males le salen al hombre de debajo de la planta del pié. La yagua vieja florece de nuevo, la tierra baldía puede dar unos tronchos si el jíbaro le apuntala su paciencia, pero no hay jíbaro que no muera si le falla la santiguada del santiguero.

El santiguero del barrio Juan Martín tenía el labio roído por el rezo y el trasluz de un pétalo de clavellina. Había llevado su santiguada hasta la misma raya del milagro. Se llamaba Gume Pacheco. Era un viejo flaco, de ojos color pepita de lechosa, encanijado por el ayuno. La muerte respetaba aquel hombre que nunca le había alzado la saya a ninguna mujer propia ni prestada y que le pedía permiso a la quebrada para tomar un buche de agua. ¡Dichoso barrio, el barrio de Juan Martín, encaramado en una cuesta que sube del río en una aspiración torcida hacia el aitozano de un abra de tarantalas, al que hubo de tocarle en suerte el mas benéfico santiguero de Puerto Rico!

Gume Pacheco miró profundamente al montoncito de hombre que le habían traído desde la cuesta. El santiguero había visto casi todos los males de la tierra subiendo por las jaldas de su bohío solitario; conocía las anemias que van desguesando al peón hasta que cae con los ojos en blanco; conocía las calenturas que van abrasando al playero hasta que cae baldado por la cintura; conocía las toses que van despulmonando al arrabalero hasta que cae sobre un charco de sangre. Los dedos benditos de un santiguero pueden adivinar donde se aposa la enfermedad que tiene que extraer del cuerpo. Pero aquella vez los dedos del santiguero no acertaban a palpar la dolencia que devoraba

el cuerpo de su paciente. El pecho respiraba con el fragor de un combatiente, el estómago había votado hasta los gusarapos que le cosquilleaban el buche, la cintura tenía brío, sin ninguna anilla de muerte, pero el jíbaro se moría. ¿Dónde podría estar el mal que minaba aquella pobre vida estirada en su catre de curandero?

Mal que no era del pecho, del estómago o de la cintura por fuerza tenía que ser un mal de la voluntad. La santiguada tendría que ir mas allá de la primera tela humana, para tantear la entretela última donde un jíbaro guarda su voluntad. Aquel enfermo lo que tenía era que había perdido la gana de vivir. La primera santiguada le había detenido la muerte, pero ahora lo que había que hacer era recalentar, en un alma arruchada, la gana de vivir. Gume Pacheco sabía la lucha cruenta que tenía un santiguero que sostener para sacar un alma de su aplatanamiento; se santiguó de nuevo y le dió su segunda santiguada al inerme:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que guelva a tí la gana de vivil que es la que trae la salú.—

Bajo la segunda santiguada, el jíbaro hizo una morisqueta horrible, pero tuvo que lanzar un estertor de vida. Gume Pacheco huroneaba por entre aquella alma con una corajuda punción, espiando con ojos atroces la pugna del hombrecito por librarse de su exorcicio. El santiguero sabía que al menor descuido de su brazo moriría aquella vida a él confiada. En estos momentos el brazo del santiguero tiene que luchar con una

santa ferocidad, si no quiere que por el caminito apañado que tienen nuestros enterraderos, camine una caja en el hombro de sus compadres.

¿Por qué aquel montoncito de hombre no quería vivir? La vida es un dulce en palito que lambe el jíbaro golosamente aunque tenga la paja vieja, el pantalón en siete y la mujer encinta. El enfermo era lo suficiente joven para que el milagrista no luchara por salvarlo; se acercó a la oreja del enfermo e hizo que su voz llegara hasta esa cajita misteriosa que tiene cada jíbaro en el pecho para recoger la voz de la amistad:

—Oyeme, enfelmo, tiés que vivil pa tu mujel, pa tus sijos y pa tu bohío que necesitan de tí y tiés amigos que agora te lloran afuera. No se pué uno moril asina, sin pensal en lo que deja.—

Las cejas del enfermo crujieron de ira para rechazar el regaño. Bohío, ni mujer, ni muchachitos le arrancaron un solo pesar a aquella cara que tenía puesta su gana en el morir. Las cruces mágicas de la santiguada cayeron al suelo con el desperezo de las cejas. El santiguero se puso torvo ante aquella hurañía blasfema de su paciente:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, y te mando arrojal el mal de la voluntá, pa que sigas viviendo con los tuyos, jasta que llegues a viejo.—

El jíbaro se retorció como un garrocho bajo la admonición espejeante de la mano. Un sudor cáustico le goteaba de la frente. Había una palabra de rabia pendiendo en la boca fruncida, una furia de muerte en el cuerpo estirado. Era extraño aquel mal que se

comía un hombre a pedazos, sin niguna hinchazón en la tela ni espuma en la boca. El santiguero espiaba a su enfermo con una mirada tan hosca que el moribundo no se atrevía a botar el alma por la boca. ¿Estaría alucinado el montoncito de hombre por uno de esos espejismos de paz que a veces alucinan a un jíbaro para enfriarle la gana de vivir? Gumbe Pacheco se persignó rápidamente y puso una última cruz en la cabeza del enfermo:

—En el nombre de Dios que lo mesmo cura cuando el hombre está sano que cuando está enfelmo, que lo mesmo ayúa cuando el hombre está vivo que cuando está muelto, santíguote helmano, pa que no te ofusque la alusinasión del moril.—

Aquel beneficio le arrancó la primera sonrisa al enfermo. El jibaraco no hubiera sido capaz de desacreditar a un santiguero que le había hecho tanto bien al altozano de Juan Martín. Gume Pacheco lanzó un suspiro desesperado. Sentía que los dedos se le iban encogiendo, que no podría luchar mucho mas de lo que ya había luchado con aquella alma terca, que solo estaba en la tierra prendida por los tres broches de su santiguada. El enfermo parecía adivinar la confusión dolorosa que había en los dedos gastados de Gume Pacheco. Un remordimiento penoso descosió un poco los ojos del moribundo; miró al santiguero con ojos de súplica, como si le pidiera perdón por su ansia tozuda de arrojarse cuanto antes en brazos de la muerte. La obstinación insondable del enfermo venció en el corazón blando de Gume Pacheco. Tal vez el curandero no tuviera obligación mística de salvar un cuerpo, cuya alma había decidido largarse hasta una paz

mas alta, que la paz de un altozano de tarantalas. Le echó una gota de espelma caliente en cada ojo y rompió una mucilga de sábila para hacerle una cruz en la frente. Con este óleo rústico un jíbaro entra en el cielo sin que lo molesten con preguntas en la antesala de los pecadores.

Ya con permiso para morir, se serenaron un poco las cejas lampiñosas del moridor. Una calma cuadrada, inefable, iba amortajando el alma del agónico, en espera del grito que lanza la coruja desde una guasimilla o de la pisada que en el rancho del compadre se siente, para avisar que ha muerto un amigo de la casa. Gume Pacheco sabía que aquella muerte sería una muerte de paz, sin estridencias ni revulsiones, una muerte en brazos de santiguero, con el pecho claro, el estómago fácil y la cintura floja. ¡No hay jíbaro que no muera si le falla la santiguada del santiguero! Gume Pacheco comprendió que se acercaba el momento en que el obstinado recibiría el premio de su obstinación, que pronto aquella alma volaría sobre todas las yaguas humildes que la habían cobijado. Ahora la misión del santiguero era tan simple, que bastaba con un rezo de su labio, para encaramar en el cielo el alma a él confiada. Pero en aquella muerte había un secreto que no dejaba colgar el rezo en el labio del santiguero. ¿Por qué aquel hombre moría sin importarle nada su bohío, ni su mujer, ni sus muchachitos? Gume Pacheco esperó hasta el momento mismo, en que el alma del moridor empezó a romper las costuras que la sujetaban al cuerpo humano. Se acercó a la oreja del moribundo e hizo que su voz llegara hasta esa cajita misteriosa que tiene cada jíbaro en el pecho para recoger la voz de la amistad:

—Oyeme, moridol, no te mueras sin desilme que enfelmedá es la tuya, que un hombre quié moril sin que lo arresusite ni la pena de sus gentes, ni la santiguá que devuelve la salú.—

Temblaron las espelmas que habían cerrado aquellos ojos para que pudieran llegar hasta la muerte. El alma estaba sujeta únicamente por la última costura, cuando interrumpió el desgarrón final la súplica del viejo. El agónico lanzó un gemido que hizo retroceder espantado al santiguero. ¿Tendría él derecho a recoger aquel secreto de un hombre, que ya había ganado la calma cuadrada que gana el que está para morir? ¿Es que su obligación llegaba hasta el límite escalofriante de arrancar a un hombre casi muerto, el secreto por el cual moría sin un solo pesar en la conciencia? ¿Habría decidido Dios que en el altozano de Juan Martín hubiera una muerte contra la cual no pudiera nada la santiguada de un santiguero? El temor de que murieran otros sin que los dedos de Gume Pacheco pudieran prenderle en el pecho tres lazos amarillos, venció el escrúpulo del santiguero:

—Oyeme, moridol, quean otros en el barrio que puén moril sin que yo sepa como devolvelles la salú. Yo estoy viejito y mis deos están ya gastaos. ¿No quiés ayual al santiguero viejo a cural a los amigos que agora lloran tu muelte?—

Una congoja generosa movió los labios del agónico, buscando un vago pedazo de palabra en la boca sellada por la muerte. Gume Pacheco acercó su oreja inexorable al aliento del muriente, con los dedos curvados para detener a la muerte que forcejeaba por llevarle el secreto del comatoso. El jíbaro solo pudo musitar una palabra antes de que la coruja llegara a la

rama mas débil de una guasimilla. El santiguero cayó desvanecido sobre el cuerpo del jíbaro, sin sentir la pisada medrosa del muerto crujiendo en el soberado de su rancho. Pero la oyeron los amigos del que acababa de morir; llegaron con el habla en reguerete, a perturbar el pavor de Gume Pacheco:

—¡Siño, se acaba de moril un amigo en este barrio!—

—Lo he sentío, siño, andando a mi lao.—

—Yo oíde un grito de coruja en la guasimilla de este batey.—

El santiguero les mostró al amarilleante sin proferir una sola palabra. La mucilga de sábila le fulgía en la frente como un lagrimón de altozano, como una lágrima violeta que se hubiera adelantado al luto de todos los compadres. Los altureños se quitaron las pavas en silencio, cortados por ese frío que se cuela por una guásima mas alta que la guasimilla:

—No paresía como pa morilse, siño. ¿Tenía alguna enfelmedá?,— preguntó un amigo con voz de susto.

—Lo único que tenía era unos gusarapos en el buche cuando yo lo vide. Ha muelto de una enfelmedá nueva en el barrio, contra la cual, no pué ná la santiguá de un santiguero.—

—¿De qué murió, siño?—

—De hambre,— contestó el santiguero echándole una sabanilla por la cara al amarillado.

## MANTENGO

Para *José Antonio Dávila.*

La tierra cuando sale dura, mete el alma de un jíbaro en un hoyo prieto como si fuera una pepita de calabaza. El jíbaro se va descoyuntando poco a poco, sin lograr prender una semilla en los abertales, sabiendo que cada día el hoyo será mas ancho, hasta que al fin, cae él sembrado, con las patas por fuera. Chiche Malpica aterró su finca, hasta que ya la cabeza le entraba por el hoyo. Ese día llamó a su compadre Valentín González y el dijo:

—Mi compai Valentín, usté siempre me ha estao alabando esta tierrita y quieo dalle una solpresa.—

—Usté me dirá, don Ché.—

—Yo le voy a regalal a usté esta tierrita ya que tanto me le ha gustao siempre.—

El compadre Valentín González se quedó con la boca mas larga que un marimbo. En el Monte del Candil, —un monte esquelético que tenía la extravagancia de lucir sus canillas frente al sabanal suntuoso de una vega de regadío,— cuando un hombre se alzaba de la tierra era para morir. Valentín González comprendió que Chiche Malpica, estaba siendo víctima de una de

esas aberraciones, que le puede costar a un jíbaro tener que mirarle la cara de chavo viejo que le pone el hambre a un jíbaro, cuando éste decide entregar la finca:

—¿Me pelmite usté una preguntita, don Ché?—

—Adígame usté, compai Valentín.—

—¿De qué va usté a vivil cuando me entriegue ésto?—

—De un maní tostao que aveses cae del sielo, bochinchoso.—

Chiche Malpica le entregó la finca a su compadre Valentín González y se metió en una guaraguera que tenía mas arriba, a esperar el maní tostado que aveces cae del cielo. El otro estaba cada día mas escamado con la misteriosa conducta de su donante. Era la primera vez que en el Monte del Candil, un hombre se alzaba de su aterradero, sin que cayera sembrado, con los pies por fuera. La tierra de Chiche Malpica era una tierra margal, con yerba seca para la bestia, pero todavía era mejor que la de Valentín González. Tenía un pocito de agua verde y un filo de vereda. El compadre Valentín González fué a hablarle a su donante, con un pedacito de la conciencia alborotada:

—Compai Chiche Malpica, yo no me desplico ésto que usté ha jecho. Usté se me pué moril de hambre metío en estas guájaras.—

—Ya lo sé, bochinchoso.—

—¿Pol qué no guelve usté a trabajal su finca?—

Chiche Malpica se echó a reir, con toda su cosquilla, ante la súplica de su compadre. ¡Por lo visto su compadre Valentín González lo que tenia en el alma era una lombriz de tierra! Cualquiera volvía a tra-

bajar para seguir agrandando el hoyo prieto, donde al fin y siempre, cae uno sembrado con las patas por fuera. Chiche Malpica había decidido morir en una postura más cómoda, con las manos libres, por si tenía que espantarse las moscas. La finca lo había puesto tan flaco, que se podía acompañar una décima si se ponía a rascarse el costillar. El regalador no se dejó convencer por ningún argumento:

—No, mi compai Valentín González, yo no me entierro yo mesmo; usté será el que tenga que llevalme a enterral.—

—Pué usté pasal hambre, don Ché.—

—Ya lo sé, bochinchoso.—

Valentín González salió de la guaraguera de su compadre Chiche Malpica tentándose el mameluco. También a él le cantaban las costillas, como si tuviera una rayadura de guícharo en el costado. Cualquier día podía caer él en el hoyo prieto, sembrado por su propia mano. Del susto que le entró, se metió en otro rancho:

—Allá arriba teño a mi compai Chiche Malpica que se ha arrinconao a moril.—

—Algun tabaldillo que haberá cogío. En cuanto le brote la fogasón se le aclara la cabesa.—

—Yo lo vedo muy dispuesto al moril. Se siente cansao de la finca y no he podío convenserlo pa que la siga atendiendo.—

—Pos tendremos que ayuarlo en lo que le pasa la chiflaúra. Chiche Malpica es una guena pelsona.—

Aunque Chiche Malpica se había retirado a su guaraguera para verle la cara de chavo viejo con que el hambre se tira a los campos, la amistad de sus compadres no permitía que el hombre se acostara sin comer. El pobre Chiche Malpica lo que tenía era una de

esas alucinaciones que da el tabardillo. Había trabajado mucho bajo el vaho mortal del Mar Caribe. El sol de esa costa es tan bravo, que le derrite a cualquier hombre la velita del entendimiento. Cada compadre subía con un saquito debajo de la cotina, ladeando el cuerpo para que Chiche Malpica no le viera el bultito. Pero el haragán no se dejaba engañar:

—Ya se me está usté esquineando pa que yo no le veda la libra de galbansos que trai. ¿Usté cree que yo estoy enfelmo, veldá? ¡Pos yo estoy mas sano que usté.—

—Esa es una guasería suya, don Ché.—

—Ná de guasería. Yo no los quieo engañal a ustés que son amigos viejos de don Ché. No teño ná de enfelmo y no trabajo polque no me da la gana de jacerme yo mesmo la sepoltura.—

El compadre se conmovía oyendo la amistosa reprimenda, con que Chiche Malpica trataba de atajar la caridad de sus compadres. Aquel hombre era capaz de morirse de hambre antes que estafar la voluntad de un amigo. ¡Lástima que en aquel condenado monte la lluvia se hiciera esperar tanto, para que aflojara la tierra y la cabeza de Chiche Malpica! Pero la cabeza de Chiche Malpica se ponía cada día mas dura:

—Yo que usté, me gualdaba esos granos en el pote, pa que se los coma la muchitanga esa que tié usté en su casa.—

—Usté tié que comel tambien, don Ché. Ya verá como un día de éstos amanese lloviendo.—

—La lluvia que yo espero es la del mani tostao, bochinchoso.—

El caso de Chiche Malpica era tan meritorio que sus compadres estaban dispuestos a partirle los dien-

tes, desarrajarle la boca y hacerle tragar a la fuerza el alimento. No había un solo jíbaro en aquel monte calvero, donde el sol mataba hasta la yerba elefante, que no estuviera embuchado con la misma sospecha que había alejado de su tierra a nuestro compatriota Chiche Malpica. Del Monte del Candil nunca salió un jíbaro a casar sus hijas en el pueblo, o a cambiar su guayuco remendado por un dril aplanchado. Año y otro año, esperando un poquito mas de lluvia, escrutando los frontones de aquel enigmático Mar Caribe, —un mar que solo daba cañones, chimeneas y tabardillos—, viendo cada día la tierra mas fragosa como si el monte pretendiera convertirse en un sudadero del infierno. Chiche Malpica tenía razón, en aquel monte lo único que estaba haciendo el compadre, era cavando su propio hoyo. La central los había acorralado hasta el sitio, donde sabía que todos ellos tendrían que morir, sembrados por propia mano, con las patas por fuera.

El último gesto de amistad que pudo hacer Chiche Malpica en favor de sus testarudos compadres fué ponerse a media ración, para que nadie tuviera que pasar una hambre completa, si él decidía seguir comiendo. De nada le habían servido sus pláticas sublimes, tratando de convencer a aquellas generosas lombrices humanas, de que su deseo era ejercitar el derecho que tiene todo ciudadano de morirse de hambre, cuando le diera la gana. Para lograr este modesto intento, había tenido hasta la delicadeza, de mudarse a la mas alta berruga que tenía el Monte del Candil, un bramadero donde se descornaban los cabros, guaraguera maléfica que podía servirle de tumba, a cualquier jíbaro

que andara buscando vistillas en el otro mundo. Poniéndose a media ración, Chiche Malpica se mató el último reparillo de la conciencia. Se pasaba todo el día rascándose el costillar, cantándole coplillas a la buena suerte, hasta que se sumergía en esa inefable sueñera que se apodera de los haraganes. En el atardecer se metía bajo una sombra de jácana, para que por él, no tuviera que esperar la anochecida. Aún escarbaban en los abertales algunas lombrices humanas del Monte del Candil, tratando de enganchar en el hoyo sombrío su pepita amarilla. Chiche Malpica no podía menos que conmoverse con el lunático coraje de aquellos cuerpecillos fallutos, que no le daban respiro a la tierra, buscando los últimos residuos de capa vegetal que no se hubiese llevado el aguaviento.

El hambre estiliza las imágenes de un jíbaro. Hasta ese momento, Chiche Malpica no se había dado cuenta de la pimentosa propiedad que tenía para un medio hambriento, el paisaje que lo rodeaba. El monte era como un viejo esquelético que forcejaba por arroparse las canillas con el sabanal suntuoso de la vega de regadío. El viejo se enloquecía tirando de la sábana extravagante, sin fuerzas rara desengancharla del alambre de púa, con que la tenía atrapada la central. Era patético el contraste del monte esquelético con la vega suntuosa, casi un símbolo de socialismo, puro, una de esas humoradas de la naturaleza que solo padía entender un pícaro que como Chiche Malpica, había logrado timar a un sistema económico que pretendía sembrarlo a él, con las patas por fuera. Chiche Malpica se sonreía imaginando el cavernoso furor del viejo monte por no poder taparse las canillas con la vega de regadío. La caña, como toda señoritinga pringosa,

tenía que resentirse de aquel viejo estrafalario, que vengando su miseria, bramaba palabras obscenas para perturbar el lindo retozo que con la brisa, se traían las bien cultivadas damiselas de la central. Comprendiendo la trágica impudicia del viejo, Chiche Malpica lanzó una carcajada que no dejó una sola pepita amarilla en las ramas de la jácana. ¡No en balde la central había tratado, por todos los medios al alcance de un cañero, de desalojar a tan enigmático vecino. De aquel inocente imaginismo lo sacó un donante retrasado, que venía a dejarle una comprita. Chiche Malpica lo saludó con una sorna siniestra:

—Ya lo vide a usté hoy, escalbando su tierra como un demonio.—

—Asina hay que trabajal en estos aquises. La central no embalsará el agua pa arriba mientras el monte sea de nojotros. Y usté, ¿que jace metío debajo de esta sombrita?—

—Pos estaba pensando como podría yo conseguil, que una punta de esa sabanita velde que usté ve allí, suba hasta mi guaraguera a arropalme los pieses pol las noches.—

En Puerto Rico lo único que un pícaro necesita para vivir es un poco de gracia, aunque tenga frenillo en la lengua. La ocurrencia de Chiche Malpica consiguió el milagro que, por primera vez, se despeñara por entre los abertales del Monte del Candil, una risotada:

—Lo que es el tabaldillo, concuñao, ¡y como alusina a la gente! ¿A que no sabe usté pol lo que le ha dao agora a Chiche Malpica?—

—¿Pol qué?—

—Pos que la sabanita velde de la vega esa que

tié ahí la central, vuele toas las noches a su pedreñera a arropalle los pieses.—

—Me paese que la central no va a tenel caena suficiente en el güinche pa subilsela hasta allá.—

—Haberá que alimental mejol a ese probe Chiche Malpica. La debilidá lo tié como un chivo loco.—

El mismo Chiche Malpica se quedó sorprendido de la prosperidad que le cayó encima desde su último chiste. El mantenido jadeaba entre un océano de viandas, sin palabras para atajar aquella otra fantasía de sus compadres, que amenazaba con hacer morir de hambre a los que trabajaban. Para vivir tumbado, bajo la sombrita de un árbol de jácana, un jíbaro no necesitaba tanta guita. El casi podía vivir del polvo como un camaroncillo, mientras que aquellas pobres lombrices humanas, quedarían sembradas en su propio hoyo, al primer vértigo. Pero la caridad de un compadre en el Monte del Candil es inexorable:

—Usté tié que comel mas que nunca, don Ché. Se está usté debilitando mucho con toa esa magunsia que se trai. Pol esta costa naide ha veído entoavía volando denguna sabanita velde.—

—¿No, eh? Pos yo le asiguro a usté que pronto, esa sabanita velde que está ahí abajito, va a subil hasta acá a arropalme los pieses.—

—Usté lo que necesita es cogel fuersa pa que empuñe otra ve su finca.—

—Yo no me meneo de aquí, manque ustés me pongan goldo,— gruñó el mantenido, carraspeando su última paciencia.

Valentín González quería mucho a su compadre Chiche Malpica, antes de que éste le regalara su tierrita. Habían chapalateado juntos por todos los lo-

dazales de la mocedad, poniéndole siempre los chipes a la misma pluma y la mueca a la misma templa. El no podía permitir ahora, que Chiche Malpica se le chiflara mirando una vega de regadío, sin que su compadre Valentín González hiciera uno de esos sacrificios, que le consiguen a un jíbaro poder atravesar todo el purgatorio sin tener que cambiarse la camiseta; vendió el aparejo de la bestia, tumbó una carga fuerte y se fué a la central a buscar un médico.

El doctor se quedó espantado con el paisaje del Monte del Candil. Aquella naturaleza hosca, obligada a parir a fuerza de escarbe dantesco, puso al doctor mas imaginista que el mismo Chiche Malpica. Cuando el médico llegó al rancho del mantenido, ya se habían acurrucado a la entrada, los brazos secos, las siete baldadas, los piernicortos del monte. Hasta una tullida dejó sus pañitos para llenarle los ojos al físico de la central:

—¿Que hace aquí esta gente?,— preguntó el médico, con náuseas.

—Son mis apegaos, señol dotol, unas lombrisitas que se dan en esta tierra,— explicó Chiche Malpica, restregándose un ojo por si necesitaba lágrimas.

El doctor empezó a mirar a aquellos desorejados del Monte del Candil, con la ojeada nerviosa con que un médico se decidiría a examinar una sala de apestados. Era la primera vez que el ilustre muchacho se tropezaba con el caso típico, de una epidemia misteriosa que hace estragos en algunas zonas de Puerto Rico: la miseria. Hasta ese momento el doctor creía, que toda la literatura de barricada sobre la miseria de nuestros campesinos, era una propaganda truculenta de que se valían los líderes obreros para sacerle dinero a la

central. El sentido pictórico del doctor se iba sublimando hacia un nuevo hallazgo de humanidad agónica, como si aquellos seres escuálidos que lo rodeaban silenciosamente, tuvieran la misma tiña que veía raspuñeando la tierra baldía. El ojo de Chiche Malpica empezó a inyectarse de una sombría esperanza; se metió dentro del paisaje con una cara de moribundo, que no hubiera podido mejorar el mejor pintor de naturaleza agónica.

Un médico que examine a un jíbaro nuestro puede asimismo hacer un diagnóstico de naturaleza agónica. Es un ser con una sangre que apenas enrojece la laminilla del laboratorio, que nunca prueba otra carne que no sea la ración de emergencia que reparte la Cruz Roja la semana que prosigue al huracán. Lo que no puede imaginarse un médico, que no esté iniciado en los tenebrosos complejos de nuestra dieta jíbara, es la tremenda vitalidad que tiene este anémico compatriota nuestro Hasta el Monte del Candil respetaba el ímpetu voraz de aquellas lombrices humanas, que poco a poco le habían desempedrado su entraña maléfica. El exámen de Chiche Malpica dejó atónito al médico de la central:

—Mi amigo,tiene usted menos sangre que un tayote. No en balde ha perdido la gana de trabajar.—

—Asina es, señol dotol.—

—Como no avancemos con su caso, tendrá su compadre que cambiarle el color a la sabanita esa, de que usted tanto habla.—

El médico de central es casi siempre un ser lírico, que por tener su botiquín recortado a las mas elementales prescripciones de la medicina corporacionista, alguna que otra vez, se siente obligado a aventarse

el remordimiento, haciendo una incisión profunda en la conciencia de su central. Tan pronto pudo librarse de la pesadilla pictórica de la guaraguera, se fué a hablar con el administrador:

—He visto un caso en el Monte del Candil que me tiene horrorizado. Hay un hombre en huelga de hambre, que se ha tumbado a morir, sin que logren convencerlo sus compadres.—

—¿Huelga de hambre?—

—Si, señor. Dicen que de pronto dejó de trabajar, se metió debajo de un árbol y ahora se pasa el día diciendo que esta vega es una sábana verde que tiene que volar hasta el monte a arroparle los pies.—

El ceño hermético de la central se frunció ante la última modalidad de la lucha social. ¿Qué nuevo tipo de huelguista era aquel, que no creía en el peso diario ni en la federación libre? ¿Quién le había sugerido, a aquel saboteador de la democracia, una forma tan cochina de protestar? La administración no podía disimular su encono ante el macabro reto que le había lanzado Chiche Malpica. Si aquel hombre se tiraba a la carretera con un rotulito colgado al cuello, volvería a alborotarse el cotarro de las restricciones en la tenencia de tierras. Tal vez algún discurso podría volar como una pajarita soplona hasta la Secretaría del Interior en Washington. Además la central tenía interés de que no se le revisara su franquicia fluvial.

Empezaron a llegar los consejeros de la administración para estudiar aquel nuevo atentado contra la moral cañera; el abogado de la corporación con sus ojos metidos en dos tapitas verdes, el juez municipal con el Código Penal debajo del brazo, el mas vociferante de

los líderes obreros refaccionados por la central, toda esa tortuosa maquinaria que ha lubricado una administración para enfrentarse con cualquier huelguista de imaginación. Se discutió el caso durante horas y horas. El Juez Municipal ofrecía su códice, con quince o veinte delitos probables, entre ellos, el criminoso libelo que comete contra la ejemplar agenda de una administración azucarera, el desaforado ente que se tira a morir de hambre en una zona donde encontraban trabajo hasta los niños:

—Hay que hacer un escarmiento contra este inícuo burlador de la organización gremial,— amenazaba el lider refaccionado, vociferando inconcientemente.

—El hecho es atentatorio contra la tesorería de este municipio,—proclamaba el alcalde, arisco ante el ceño hermético del administrador.

El último que habló fué el abogado de la corporación:

—Mi consejo es que la central le envíe al señor Malpica una puntita de esta vega para que se arrope los pies.—

El mantengo, es un maní tostado que aveces cae del cielo de Puerto Rico, para tòdo aquel que tenga la mano estirada, y se tumbe a la sombra de un árbol de jácana, a esperar lo que pueda caer. Al día siguiente subió hasta la guaraguera de Chiche Malpica una unidad de una recién creada organización de ayuda de emergencia, con muchas tarjetas y un bloque de papel cuadriculado. Chiche Malpica estaba esperando este momento con una sublime gula de profeta. El investigado se sonaba la nariz, con la gran sábana verde de su sueño, con un lloriqueo grotesco que destrozó el corazón novotratista de la unidad. En el bloque de

papel cuadriculado se llevaron hasta las legañas de los niños apegados.

Cuando al anochecer llegaron los caritativos compadres con su heróica ración, Chiche Malpica los atajó con una cariñosa altanería:

—Gualdense esos granitos pa sus potes, que yo tengo taljeta ya.—

—¿Taljeta pa que?—

—Pa cogel una punta de esa sabanita velde que se ve allí abajito.—

—Usté siempre con su guasa, don Ché.—

—¿Veldá que sí?—

Los compadres salieron mas apenados que nunca de la guaraguera de Chiche Malpica. Condenado tabardillo que así acababa con un hombre de trabajo, sin que pudiera hacer nada por él la voluntad de sus compadres. ¡Y pensar que aquel hombre tendría que morir con frío en los pies, soñando con una sábana verde, sin que sus compadres lograran siquiera que se los tapara con una frisa militar!

Pero está visto, que tarde o temprano, a una lombriz de tierra la alcanza la punta de un machete para darle su susto. Llegó una brigada de construcción, cargando zinc, losa y madera y se pusieron a hacerle una casita a Chiche Malpica con las mismas vistillas que tenía su pútrido rancho. Los peones le colgaron la hamaca a don Ché bajo la pródiga sombra de su jácana para que no lo perturbaran los martillazos. A su alrededor se agolparon los moquillentos del barrio, cada uno con la boca mas larga que un pepino:

—No hay que apuralse, nenes, que estos señores vién a jácerle un favolsito a don Ché.—

—¿Pa que son esos hoyos, don?—

—Pa jacerle una casita a este probe, mijijo.—

Le hicieron su casita a Chiche Malpica, una casita coquetona que tenía aquel gracioso empaque de las lindas caledonias de la envanecida vega. Después el capataz le entregó al doliente un paquete fabuloso, ¡tan grande era!, que parecía que alguien había doblado en cuatro el sabanal suntuoso, para que Chiche Malpica se arropara los pies con la mas prolija punta de la extravagante sábana. El ojo del profeta se hinchaba bajo el torrente de lágrimas que producía Chiche Malpica:

—No llore así, don Ché, que desde ahora en adelante usted será un hombre feliz. Tiene mantengo hasta que se muera.—

—Asina ustés lo han dispuesto,— lagrimeó el favorecido, apretando contra sus abrumados costillares, el codiciado paquetito.

—Si necesita algo mas, dígaselo al inspector cuando venga. Esto no es nada más que la asignación de la primera semana.—

Desmayado de gula, los compadres instalaron a Chiche Malpica en su nueva casa. La mano desnutrida seguía explayada, con la palma hacia arriba, en imploración implacable contra el sabanal suntuoso.

Lástima que pronto hubo que cerrar el expediente. Porque tantas inyecciones de hígado le propinaron a Chiche Malpica, tanto salmón, leche condensada y galletas tuvo que engullir, que el primer caso de mantengo de que se tiene noticia en la historia de Puerto Rico, murió de apoplegía, gordo como un cerdo, con la inefable sonrisa con que muere en nuestra tierra, aquel que logra agarrar una puntita de sábana verde para arroparse los pieses.

## MARIA TERESA MONTA EN CALESA

Para el doctor *Ramón Lavandero.*

Cuando era apenas una ñeña de quince, brava y flaca como una rabisa de caña, se la robó de su guariquitén, un mayordomo solterón que la venía viendo crecer. Primer paseo en calesa, —¡en calesa de mayordomía, caballeros!,— de María Teresa, quien pasó a la historia de nuestra prostitución urbana, sin mas artificio que un diente de oro, ni mas ajuar que una bata japonesa.

El mayordomo pastoreó sus primeros ardores núbiles, en una casita de la cantera, hecha dos por un cancel, con el dulce tacto de un hombre capaz de entender la cantaleta de una ñeña avancina. La tenía a ración de pajarita, que es lo mismo que decir a funche y a olán, como si la ñeña fuera un primoroso toconcito y él le estuviera trabajando un beneficio a su central. Protestaba la toconcita contra la tacañería de su amancebado:

—Miste, don Ramón, que me va usté a compral un poco de ropa, que estoy jarta de esta blusa marrón.—

—Tú siempre serás bonita, muñeca.—

—Con esta ropa paresco una niña ofresía.—

—El color lo escogiste tú.—

—Polque entoavía no había veído cosas en el pueblo, don Ramón. ¿No te gustaría velme vestía de colorao o de amarillo, raso de beldá?—

—¡Ñeña!, esos son colores de mujeres malas.—

La insolentona se le arremolinaba al cuello a su viejo, con los ojos llenos de lucesitas frambuesas, haciéndole cosquillas perversas para que se derritiera la macetería prócera de aquel aterrador de tocones. Pero llegaba el lunes, don Ramón se iba con el portamonedas ileso, y la ñeña se ponía a lavar la blusa para darle un restregón a su pena.

Así la sorprendió una mañana Felipe Medina, cochero de la media noche, punto filipino cocido en el barro de todos los barrios maleantes. Aquel alcatraz necesitaba una sola ojeada para tasar su sardina:

—¿Qué pretende usted sacarle a esa blusa con tanto puño, niña?—

—Brillo.—

—¿Es de oro?—

—Es barata pero está paga.—

—Pues no se rompa sus manitas, que la tela cuando está paga hay que botarla.—

—Yo soy probe.—

—¡Vaya con el apuro! La fortuna la tiene usted amarrada a la cintura para cuando le haga falta.—

—¿Usté cree?— preguntó la ñeña, mordiendo el recuerdo de don Ramón.

—Hay hombre en esta ciudad que le manda a usted una vitrina entera de batas, con pajaritos pintados en el raso, si usted se la pide.

—¡Njú!— articuló la jíbara, escamada con tanta finura, cortando la hilacha.

Pero Felipe Medina no se amostazaba así por que sí. El cochero sabía lo mucho que agradece un señorito, cuando está metido en palos, que su cochero de confianza tenga la dirección de una prójima, que no sea la de la vulgar chancletera que ha arruinado una de las industrias mas honorables que tiene nuestra tierra:

—¡Lo linda que se vería usted con una bata japonesa puesta sobre ese cuerpecito tan mal apreciado!—

—Una, ¿qué?—

—Una bata japonesa, prenda. Mas colorada que una flor de bucayo, que esa si debe conocerla usted. ¿Quiere que le mande una árabe para que se las enseñe?—

—No, gracias— respondió la ñeña, asustada. —A don Ramón no le gustan esas cosas.—

—¿Y quién es don Ramón, si puede saberse?—

—Es mi marío. Pol lo menos vivimos asina.—

—Eso está muy bien. Lástima que el hombre me le haya salido tan maceta,— comentó el otro, envenenando la yuca.

La ñeña no protestó de aquel insulto gratuito contra su padrino. Alguna venganza tiene que haber una mujer condenada a sacarle brillo a una blusa marrón. El cochero dejó que la ñeña rumiara durante toda la tarde, la injusticia de haberse malogrado por una modesta pieza de vestir. Por la noche volvió a tentarle otra vez la calandria jíbara al mayordomo:

—¿Por qué no viene usted a darse un paseíto de amistad, ya que somos vecinos?—

—¡Quite usté, contrayao! ¿Usté me haberá tomao a mi de bayoya?—

—Es que da pena verla encerrada toda la semana, esperando su sábado.—

—Asina lo quié don Ramón.—

—Tiene usted un padrino muy exigente, niña. Con el tiempo se va usted a poner mas pálida que el ajonjolí. Hasta las matas se sacan de noche a que les dé el sereno.—

—¿Me quié usté desil, pa que gasta usté tanta saliva conmigo?—

—Simpatía que le coge uno a la gente.—

—Pos esa simpatía suya me va a costal a mí una suruca, ¿sabe?—

—Ahora si que me voy— remató riendo el punto filipino. Pero antes de irse le caracoleó la calesa a la jíbara, dándole tres vueltas al callejón. La calesa de Felipe Medina tiene el caballo alcahuete, brancales con clavos de plata y alfombrilla de peluche colorado. Su timbre es pizpireto y en cada farola lleva medio velón. Cuando echó a andar, le dejó en las orejas a nuestra púdica conciudadana de la cantera, esa rumorosa farfulla que tiene el coche de punto de la baja noche.

A la mañana siguiente aún la esperaba otra tentación más agobiante. Felipe Medina le ha explicado el caso a una árabe, que sale con dos hules repletos a medir su astucia legendaria de vendetrapos. con la malicia terciaria de una jíbara de Puerto Rico. Aquel fué un diálogo que nunca ha debido perder nuestra historia. Desgraciadamente por aquel entonces, aún no habíamos decidido fomentar el turismo en esta tierro, y ningún cuentista respetable le hubiera visto posibilidades literarias, a la biografía de una pros-

tituta. La árabe luchó toda la mañana con aquella guabina de agua dulce, que decía siempre que no, con los ojos llenos de lucesitas frambuesas, poniendo las condiciones de pago en armonía con la modesta matemática de don Ramón. La árabe salió en busca de una rama quebradiza para ahorcarse, pero dejó a María Teresa envuelta en su primera bata de pajaritos pintados. Cuando llega don Ramón el sábado, al prócer le tiembla el tabaco entre las comisuras, como si en el pequeño estipendio, hubiera descubierto que se le estaba matizando la caña de su pieza favorita:

—¡Pero, ñeña!, ¿de dónde has sacado esa bata estrafalaria?—

—Me la compré, yo, pa que usté me la pague don Ramón. ¿No te gusta velme asina vestía de colorao, raso de beldá?—

—Esa es una bata de mujer mala, ñeña.—

—¡Pero, don Ramón!—

—¡Quítatela enseguida, para que la devuelvas el lunes!—

La ñeña estuvo toda la noche del sábado y parte del domingo, arremolinada en el cuello de su viejo, haciéndole cosquillas perversas, tratando de salvar su primer caprichito de la macetería prócera de su aterrador. Pero llegó el lunes, don Ramón se fué con el portamonedas ileso y la ñeña se puso a liar la bata que tenía que devolver. Por entre las juntillas del balcón le salió la cara amistosa de Felipe Medina:

—¿Por qué está usted liando tanto esa bata, niña?—

—Polque la voy a devolvel.—

—¿No le gusta?—

—Me gusta pero no está paga.—

—Pues no se rompa la cabeza que la tela cuando no está paga, le toca a los amigos.—

—Yo soy probe.—

—¡Vaya con el apuro! Si yo le cuento ésto a don Diego, se le saltan las lágrimas al pobrecito.—

—¿Usté cree?— preguntó la ñeña, tirándole un bocado al cuello de don Ramón.

—Don Diego es capaz de mandarle a usted una vitrina entera de batas, con pajaritos de todos los países, pintados en el raso, si usted se la pide.—

—¡Njú!— articuló la jíbara, otra vez escamada con tanta finura, cortando de nuevo la hilacha.

Pero Felipe Medina no se amostazaba así porque sí. El cochero sabía lo mucho que le estimaría don Diego aquel polvillo de gofio tan apetecible, jibarita ingenua, con mas eses que una farfallota, cuerpecito bravo y flaco acostumbrado al chorro doncel de la quebrada. Esperó a que la ñeña devolviera su bata, calentándose bien las mejillas con la árabe, que vociferaba viendo su venta deshecha. Aquella noche volvió Felipe a asomar la cabeza por entre las juntillas del balcón de la calandria:

—Perdone, vecina, pero tengo un paquetito para usted de un amigo.—

—Yo no quieo trato con ningun amigo suyo, ¿sabe?—

—Si don Diego no quiere trato con usted, niña. Solo que es un caballero caritativo, se ha muerto de pena con el cuento que le ha hecho la árabe, y me ha dado este paquete para usted.—

—Pos se lo lleva usté mesmo.—

—Ahoritita vuelvo por él,— remató riendo el punto filipino, afoeteando su caballo.

La ñeña no pudo resistir la tentación de abrir el paquete que le enviara don Diego. El paquete de don Diego era un paquete de viejo galán, que sabe como hay que tentarle la gula a una calandria jíbara, cuando el padrino le sale maceta. Tres batas japonesas, con pájaros y flores y frutas, medias de seda, refajos de siete cuchillas, hasta un collar de cuentas azules, en el bolsillito de uno de los trajes.

No habían de pasar muchos días, sin que la calesa de Felipe Medina realizara el milagro, de cargar con el alma de María Teresa para el infierno. Don Diego quería beberse una copa de amistad con la ñeña, enterarse de sus problemas por si acaso él podía servirla, ponerse a las órdenes de una amiguita, a quien aun no conocía. Felipe Medina logró convencer a su vecina de que era casi un deber de humanidad, darle las gracias a un señor tan caritativo, que todos los días le preguntaba a Felipe Medina si la ñeña necesitaba algo. Segundo paseo en calesa de María Teresa, —¡en calesa de punto, caballeros!;— segundo paseo, que es casi un momento musical, porque tras la calesa de Felipe Medina corre el mas melódico buscapié de la tierra, el canto hondo de los arrabales de Puerto Rico, el bordón sensual de nuestra plena. El barro colorado de noche, relumbra mas que el tabonuco y produce alucinaciones; la calesa es demasiado blanda para que en ella no se desborde la laxitud de una viandante de cascarrales, y yo estoy en el deber literario de poner en ridículo, la macetería prócera de un aterrador de tocones.

Don Diego es una flor de nuestro jardín america-

no, que abre su bolsillo de pétalos lo mismo en verano que en invierno, que florece lo mismo de noche que de día. Cuando en mi tierra un galán se pone viejo, tiene que ser lo mismo que esta generosa flor: tener siempre el bolsillo abierto lo mismo en verano que en invierno, hacer que florezca su libreta de cheques lo mismo de noche que de día. El don Diego que le había buscado Felipe Medina a la ñeña, era el mas currutaco de todos los dondiegos de la ciudad. Tenía cien carates de brillantes en cada mano y se daba manicure en la pezuña; era un viejo que miraba lánguido, con el habla cariciosa de un señor que ha bajado hasta el vicio, para desahogar en los arrabales de Puerto Rico, la bondad de su alma cristiana. Cuando llegó la ñeña, brava y flaca como una rabisa de caña, a don Diego se le cayó el befo ante aquel buchecito de bacalao, tan poco común en el mísero mercado de nuestra prostitución:

—Muchas gracias, ñeña, por haber condescendido a hacerle compañía a este viejo.—

—Yo hubiera venio ante, pero usté sabe como son las cosas.—

—Lo sé y se lo agradezco. Desde ahora en adelante usted puede mandarme como guste. Yo debía meter en presidio a este pícaro de Felipe Medina.—

—¿Pol que, don?—

—Por no haberme dicho que es usted la mas linda muchacha que tiene este pueblo.—

¡Pitre que se pone un viejo cuando le gusta una mujer! Aquella noche quedará en la memoria de María Teresa, como una noche perfumada con flores de antojo. Lo bien que movía el viejo sus manitas de lobo, para meterle por los ojos a la jibarita, todos

los reflejillos que despedían los carates. Venga asopao, y percheras de cerveza, y bomboncitos en papel de plata, para que la ñeña se ensuciara su boca chiquitina de mujer desdeñosa. Cuando el viejo tendió su garra, María Teresa lanzó un bufido de felicidad, como si hubiera agarrado a la fortuna por una pechera blanca.

Por unos cuantos meses, María Teresa es la ahijadita recogida de un viejo con alma de cristiano, que pastorea sus segundos ardores núbiles, en una casita tapiada por enredaderas y por persianas, que queda por detrás de la iglesia. El galán viejo tiene una maldición que lo persigue mientras no endereza su vida: tiene que cambiar tanto de mujer como de camisa, si quiere conservar su lozanía de pirigallo. La ñeña ve acercarse el desenlace, sin un solo pesar en su boca chirriquitina. Tiene un baulito lleno de collares y sortijas, pero está un poco perpleja, ante un amor que necesitaba tantas píldoras. Una noche, por poco se le muere el viejo entre los brazos. La ñeña le dejó a otra el primoroso trabajito de enterrarle a su viejo.

Susto, el que se llevó Felipe Medina, cuando al doblar el callejón, se encontró de nuevo a María Teresa, en su casita de la cantera.

—¿Qué diablo haces tú por aquí, niña?—

—Contando la ropa que me quea, Felipe.—

—¿Y el viejo?—

—Prefiero no comel a seguil enjaulá buscándole agua pa las píldoras.—

—¡Bah! La fortuna la tienes tú amarrada a la cintura, para cuando te haga falta.—

—¿Tú crees?—

—No hay un solo señorito de esta ciudad, que no te abra de nuevo la vitrina, si tú se lo pides.—

—Lo señoritos no le ponen casas a sus muchachas.—

—Pero pagan dinero, linda. ¿Por qué no vienes conmigo a dar una vueltecita de amistad, ya que has estado tanto tiempo encerrada?—

—Espéreme un momentico pa pintalme.—

Felipe Medina paseó a la ñeña por entre su clientela de paracocheros, y por la tasa que hacen los demás, se da cuenta de que puede apuntarse para su honor de cochero, no menos de cien carreras de señoritos, que si van metidos en palos, pagan doble. Tercer paseo en calesa de María Teresa— ¡en calesa de compadrería, caballeros!;— paseo que es casi una invitación a la contradanza de la lujuria, pues la nena hasta ahora, solo ha tenido amores de ahijada.

Un polvillo de gofio tan apetecible, jibarita ingenua, con mas eses que una farfallota, cuerpecito bravo y flaco acostumbrado al chorro doncel de la quebrada, tenía que sobrepasar el cálculo de las carreritas, que había hecho ese formidable perito de nuestro transporte nocturno que se llama Felipe Medina. María Teresa se convierte por un par de años en la reina de nuestros paracocheros, altos del camino, donde el diablo se tira tres gritos para que no se acerque el timorato. ¡Paracochero, trinchera de barro colorado de la mala vida, horqueta humosa de lechón asado, con piso que tiembla y cama que llora, música brava que suelta la cintura, para que el hombre recuerde que solo existe el placer cuando el cuerpo se descoyunta, y que el mejor marchante es el que tiene las tres gulas capitales!

En aquellos sucuchos del infierno, María Teresa lidia sus terceros ardores núbiles con el señorío bochinchero de la media noche, el pálido y puntilloso juerguista de nuestra tierra, decorada siempre su solapa por una fragante flor venérea, que vive la ronda de nuestra prostitución urbana, junto al pueblo bajo que le aplaude su extravagancia, por no retorcerle el pescuezo, o tal vez, por la explotación a que lo tiene sometido el cocherito de punto, el asador en vara, el tocador de bordonúa o la última ñeña de moda, libertos de la miseria del arrabal. María Teresa es, sin duda, la mas popular de estas almas atrabiliarias. El pueblo bajo la adora, por esa ternura indecentona que siente el pueblo por sus héroes, aunque no tenga mas palmito que una bata japonesa, o su rango no pase del rango de diosa del gofio callejero. María Teresa es alegre, descarada y sentimental y los cantaores de nuestra plena le inmortalizan su bata japonesa de pajaritos pintados, en una canción que es otro buscapié melódico tras la calesa de Felipe Medina:

—María Teresa no montes en calesa
Que se te rompe la bata japonesa;
—Que se me rompa, que se me rompa
Que mi amorcito, me compra otra.

No hay aguaje de la mala suerte que le pueda tender su mano negra a esta alocada María Teresa, con pulpa de tamarindo en la boca arenosa. Tiene el corazón tan alegre como el timbre pizpireto de la calesa, como el bordón sensual de nuestra plena. Cada noche, su alma infatigable, pega una nueva aventura en la carcomanía aviesa del paracochero. A la ñeña

le preocupa mas el goce de su carne, que los resplandores que se pueda llevar en el nudo de su media.

Hasta que una noche, María Teresa conoció al hombre, que por el resto de sus días hábiles, debía desempeñar junto a ella, el noble papel de administrador de sus encantos. Es un mulato de entorchada pasa, domesticado en juergas de blancos, con dedos de angel para su guitarrón y una gran labia en el arreglo de alteraciones de la paz con la policía; se le acercó a la ñeña, con su moral arrabalera, propuesta en doce palabras:

—María Teresa, tú lo que necesitas es un hombre a tu lado.—

—¿Pa qué?—

—Para que te haga respetar de estos señoritos miqueros.—

—¿Y quien me va a defendel?—

—Yo,—contestó el mulato en sublime hidalguía. —¿No ves que estoy enamorado de tí?—

Ay, María Teresa es demasiado romántica, para que sobre ella resbale sin consecuencias, una frase de amor. Aquella noche, en la calesa de Felipe Medina, corre hasta la casita de la cantera un rumboso escabeche, coronado con hojas de laurel y una mujer que tiene sonándole en el cuero íntimo, tres entorchados de seda. A su mulato le entrega su sueño de mujer de altura, un sueño cuasi virginal, prendido en las motitas de un ramillete de velo de novia. El cochero comete la trágica equivocación de transigir con el mulato porque sabe de su privanza con los señoritos. Cuarto paseo en calesa,—¡en calesa de mancebía caballeros!—; paseo que es casi un desfile nupcial, porque Felipe Medina no

sabe que lo que carretea aquella noche, hasta la casita de la cantera, es una desposada, una mujer enamorada, que ha emperijilado un sueño de amor, nacido en el barro ocre del paracochero.

Al otro día, cuando Felipe Medina va a buscar la más productiva niña de su colección, se encuentra de frente al nuevo administrador de la ñeña:

—¡Eh, mi amigo! ¿Qué busca usted por aquí?—

—Vengo por María Teresa. Tengo una avisito para ella.—

—Pues se va usted como vino. Porque desde ahora en adelante la ñeña no sale sin mi permiso.—

Felipe Medina se tiró de su calesa, blandiendo el foete de faena. El mulato lo esperó, palpándose la camiseta. Se agarraron los hombres; terció la desposada. Fué un minuto breve, en que la historia deja sobre nuestra biografiada su primera cicatriz, pues en la refriega, María Teresa recibe en la mejilla un tajo de cuatro pulgadas, que le había dedicado la nueva administración al administrador saliente. Quinto paseo en calesa— ¡en calesa de beneficencia caballeros!—; con un cochero asustado y un mulato que la aguanta la hemorragia, usando como apósito la blusa de don Ramón. ¡Pobre María Teresa, malograda flor de bucayo de nuestra altura, tajeada en plena luna de miel, por un pequeño conflicto en el título usufructuario de sus encantos!

El mulato la indemniza con una absurda prebenda, que es su único artificio para el balance de su vida. La pone un diente de oro, rebajándole su auténtico marfil, para que le encaje el casquillo. Nuestra protagonista ha recibido el simbólico tatuaje que la ha-

ce apta para poder ofrecer su refresco de tamarindo a la marinería ambulante. Lo único que falta es que la miseria le deslustre su bata japonesa para que forme parte de nuestro paisaje urbano y entre en el fichero de nuestras posibilidades turísticas.

Pronto la miseria empieza a prenderle los primeros abrojos a su bata japonesa. María Teresa se ha enamorado sinceramente de su hombre; lo tiene siempre vestido de espejeante dril, con la pasa chorreando perfume, las mazamorras bien despellejadas y frente a la moral conspícua de la cantera, comete el fantástico error de seguir su credo de hembra de altura, acostumbrada a morir de fatiga junto al rancho. La prostitución es una de nuestras industrias menos lucrativas, apesar de todos los chismorreos de nuestros moralistas. María Teresa se da cuenta de ello con demasiada rapidez. Ese tremendo pathos que deja la fatiga en la cara de nuestra mujer de pueblo, ha caído sobre ella, haciéndole mas difícil la manutención de su hombre. El mulato se deja querer, pero exige dril blanco, cigarrillos, una cuarta de alcohol que le temple los bordones, y alguna que otra chuchería de oro para el dedo. Algunas noches la fatiga de la mujer es tanta, que solo se mantiene en pié, ingiriendo pequeños sorbos de ron.

Llega el momento sintomático en que la descalesada María Teresa, otra vez viandante de cascarrales, ha deambulado por todos los barrios maleantes, sucia de pena, con la cicatriz clásica doliéndole como una mordida de la suerte y regresa donde su mulato sin un solo resplandor en el nudo de la media. Ha caído de bruces sobre el soberado, con la agonía de expoliación que arrastra una mujer que ha tenido que abortar tres

veces en un mismo año, para que la maternidad, vedada a las mujeres que se dedican a su industria, no le estropee el espiritual ejercicio. Es un tocón mal aterrado, sin pulpa de tamarindo en la boca malgastada, sin brío alegre que pueda conquistar la lujuria de los honorables horteras, que aún mantienen la tan decantada institución, por encima de todas las protestas sanitarias. El mulato la mira despacio, con la carnicera calma con que puede mirar un alcatraz desilucionado a una sardina varada. El hombre está francamente irritado. ¡Pensar que él ha vivido cerca de un año con aquella cuera, aguantándole su baba de borrachona, para que ahora la mujer le venga sin un solo resplandor en el nudo de la media! Le da una patada en la barriga, descuelga el guitarrón y los driles, y se larga.

La cantera es una ilustre academia de la miseria donde tarde o temprano se gradúan las almas que carga para el infierno la calesa de Felipe Medina. Esta noche se ha doctorado, envuelta en su toga de mártir, María Teresa, diente de oro, refresco ambulante de la marinería, banderín mugriento, bañado en luna salobre, de la noche del trópico. Le duele terriblemente la cintura. No hay droga que pueda curar este dolor, que proviene de un vientre de mujer encanallecido por toda la inmundicia de la vida, este dolor que es casi una dolencia del alma, un derrumbamiento de la voluntad alegre, una expoliación de la belleza.

¡Pero tiene que seguir viviendo! Ya no es la jibarita brava y flaca, como una rabisa de caña, que protesta de su blusa marrón, ni la ñeña avancina que le saca un baulito de prendas al cristiano señor que pro-

teje muchachas bonitas por detrás de la iglesia. Apenas tiene veinte años y su cara parece una máscara grotesca de albayalde; su bata no tiene pajarillos pintados en el raso harapiento, ni bajo su camastro chinchoso, espera la chinela con borlas de plumilla, para el salto mañanero.

Ahora anda descalza, pintajarreada hasta la oxidación, con el cuerpo traslúcido, con un costurón en la cara que todo el mundo cree que procede de alguna liviandad de la hembra, sin que nadie se atreva a pensar, que puede ser la condecoración insensata que le impuso la codicia de un hombre.

La policía la persigue como a una perra sarnosa, que dice palabras obscenas, que se embriaga todas las noches y se disputa los hombres en riñas de mujeres malas. Sus últimos paseos han sido todos en la guaguita de la prevención. Felipe Medina todavía le lleva, alguna que otra vez, un bisoño que quiere tener amor con mujer de experiencia o don Ramón le tira unas pesetas para acallarse el remordimiento. O alguna noche, de buen mercado lunar, en que la policía la deja quieta, su banderín de raso mugriento, engancha un marino borracho en el malecón.

Con mucha maña ha podido comprarle a la árabe otra bata de pajaritos pintados. Pero ya no se atreve a montar en calesa, porque ahora sí que tiene miedo que la rueda de la calesa, le rompa la bata japonesa.

## CONVERSION DE LA MAESTRITA RURAL ISABELITA PIRINPIN

*Para Miguel Meléndez Muñoz*

Isabelita Pirinpín se gradúa de maestrita rural, sin una sola onda permanente en la cabeza, ni mas afeites que unas cuantas lecciones de pedagogía. Su escuela está más allá de cinco pasos de quebrada y es una casilla de madera montada en socos altos. En el pueblo la enjaquiman un caballo manso, montada en el cual, Isabelita Pirinpín despierta, madrugada tras madrugada, las marimoñas del amanecer. Desde las quebradas la saludan las voces salmodiadoras de las lavanderas jíbaras:

—Monona que es la maestrita, mi niña doña Isabelita.—

—Paese una motita de alfilerillo, mi niña doña Isabelita.—

—Tié muslito de paloma, mi niña doña Isabelita.—

Cuando Isabelita Pirinpín arrepecha por la última cuesta que esconde su escuelita, hay una bandada de cotisueltos que se descuelgan de los árboles y rodean la mansa cabalgadura de la maestrita, con la palabra atropellada por el contento:

—Hoy le truje una piñuela pa que se afilore la trensa, doña Isabelita.—

—Aquí teño un sorsal de pata punsó pa su jaulita del pueblo, doña Isabelita.—

—Míste las raises de betónica que me le pidieron ayel, doña Isabelita.—

Aunque su cartilla no le exigía muchas imágenes literarias Isabelita Pirinpín gustaba de imaginar que la lavandera de quebrada era una rezagada de nuestra mitología india, sostenida aún por el oscuro milagro de la espuma del jabón prieto y el jibaritiño era como un pedacito de romance enderezado en dos patitas flacas.

El primer día que Isabelita Pirinpín llegó a su escuelita rural hizo el mas importante pronunciamiento de su carrera pedagógica:

—Niños, yo he venido aquí a enseñarles a ustedes como se puede llegar a ser un buen ciudadano norteamericano.—

En la escuelita no quedó una sola cara con un pedacito de risa, ni un solo pié que no se trenzara debajo del banco. En la cuesta cesaron de pronto los chirridos de los chamorros y las chiririas. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín.

Por tres semanas consecutivas, Isabelita Pirinpín se pasa hablando de un primoroso país, donde los ciudadanos reciben diariamente un celestial pienso de avena cuáquera; donde los niñitos no tienen la cara terrosa como los jiguillos, sinó mejillas de rubio melocotón. Si los jibaritiños vivieran allí podrían jugar entre olorosas ovejas en vez de jugar entre cabritos malolientes. Los congresistas eran como unos doctos pastores, que cochaban los imperiales vellones de su reba-

ño, hasta un capitolino prado, donde hacían graciosas cabriolas de pensamiento, las cuatro libertades del hombre:

—¿No te gustaría vivir en un país así, Panchito?—

—No, doña Isabelita.—

—¿Por qué, tonto?

—A mi me gusta mas vivil aquí, doña Isabelita.—

—¡Pero es que este país es tan pequeñito!; y tú, Paulita, ¿no te gustaría tener una ovejita blanca que te acompañara todos los días a la escuela?—

—A mi me gustan mas los cabritos, doña Isabeiita.—

¡Isabelita Pirinpín no es una maestrita tonta aunque tenga algunos pájaros dentro de la cabeza. La chica se da cuenta que el jibaritiño es un tipo conflictivo de educando que está lleno de apegos sombríos. Tiene ademas las orejas llenas del trémulo pitorreo de la cuesta, donde aprende, en burlona competencia con el abecedario de su maestrita, el áspero silabario que San Pedrito le enseña a los clérigos, para que se rían los bobitos. Por si el conflicto proviene de un incipiente germinar de la conciencia de una vieja raza agrícola, por tres semanas mas Isabelita Pirinpin se dedica a transformar los modestos predios de su ruralato en unos lustrosos manzanares, trillados por grandes tractores que abren surcos reventones que llegan mas allá del horizonte. La empecinada cuesta del barrio, queda convertida en una ancha carretera, por donde trotan majestuosamente los mejores y mas grandes agricultores del mundo:

—¿No te gustaría tener una finca como esa, cuando tú fueras grande, Tomasito?—

—No, doña Isabelita.—

—¿Por qué,, tonto?—

—A mi me gusta mas la tomatera de mi pai, doña Isabelita.—

—¡Pero es que aquí los tomates se dan tan pequeños!; y tú, Fidelina, ¿no te gustaria tener siempre a mano una linda manzana para merendar en la escuela?—

—A mi me gustan mas los caimitos, doña Isabelita.—

Parece que Henry A. Wallace le cogió miedo al exagerado optimismo pictórico de la maestrita porque se cayó de la mesa el campanillazo de las tres.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Pirinpín se pone a reflexionar seriamente sobre las experiencias de sus primeras seis semanas de maestrita rural. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Por toda una media noche repasa sus notas, consulta sus circulares, reconstruye sus imágenes simplicadas, para corregir las fallas que pudiera tener su ingenua metodología.

Después que la otra media noche le prendió del mosquitero treinta caritas taimadas que pasaban burlescamente de la risa al susto, del susto a la desconfianza, de la desconfianza a la malicia, a la madrugada siguiente, Isabelita Pirinpín se encajó entre sus petulantes moñitos de maestrita rural, una veleidosa horquillita de reformista.

Por tres semanas mas Isabelita Pirinpin no habla de ningún grande país, surgido de la dilatada poemá-

tica de Walt Whitman, sino de un pequeño país donde los ciudadanos tal vez podrían recibir diariamente un terrenal pienso de maiz católico, donde los niñitos no tendrían caritas de rubio melocotón sinó mejillas de cetrino caimito; cuando los jibaritiños vivieran allí podrían jugar entre cabritos ingenuos en vez de jugar entre ovejitas insolentes. Los legisladores serían como unos doctos cabreros, que cocharían las coloniales pelambres de su rebaño, hasta una capitolina abra, donde harían graciosas cabriolas de pensamiento, las cuatro libertades del hombre:

—¿Y pa que silven esas cuatro libertades, doña Isabelita?—

—Para salvarnos definitivamente de la tiranía, de la ignorancia, hasta de la miseria,— contestó con admirable acento la maestrita rural. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. A fuerza de sublime ingenio, la maestrita logra simplificar aún más sus imágenes para instaurar en la recelosa sesera de sus colisueltos, la inmolada utopía de América. Un mismo pájaro carpintero había construído toda la economía americana. Para que todos los hombres se sintieran iguales, la paciente ave tuvo el prudente cuidado, de hacer todos los bohíos del continente con un mismo número de pajitas. Los jibaritinos del barrio quedaron convertidos en graciosos emigrantes, que venían de todas partes del mundo, a vivir en la linda tierra, donde se habían instalado las cuatro libertades:

—Adígame, doña Isabelita, con las libertades esas, ¿naide le pué quital la finca a mi pai?—

—Se la pueden quitar, hijo,—murmuró la maestrita, sorprendida por la candorosa interpelación.

Parece que Sumner Welles le cogió miedo al imprevisto rubor de la maestrita porque se cayó de la mesa el campanillazo de las tres.

Isabelita Pirinpín es una muchacha leal incapaz de estafarle un solo granito de su paz al más modesto gorrión de la cuesta. ¿Qué podía importarle a un jíbaro su derecho a la reunión pacífica si el agente federal le quitaba la finca? Para que ningún jibaritiño perdiera su finca en el futuro, Isabelita Pirinpín hace florecer por todos los sumideros de su ruralato una bien diversificada huerta, capaz de hurgarle el encanto, al propio San Isidro Labrador. En la huerta de Isabelita Pirinpín, las lechugas quedaron convertidas en comadres coquetonas, que usaban anchas sayas verdes; la coliflor era una chismosa que hablaba mal de la espinaca; los tomates colorados le tiraban indirectas a los tayotes pálidos, los cebollines se mofaban de las cebolletas, las coles de los culantros, los ajises bravos de los ajises dulces. Hasta el limoncillo hacía chistes, para hacer llorar de risa a una berenjena que se había quedado viuda. Día tras día creció la huerta de Isabelita Pirinpín; mañana tras mañana, el primer pensamiento de todo el saloncito fué para la nueva hojita que había nacido la noche anterior. Llegó por fin el viernes en que todos los frutos y las legumbres de la huerta, se arrellenaron dentro de la canasta, que Isabelita Pirinpín había logrado tejer con blandos mimbres de sueño, para ir al mercado.

La canasta no llegó al pueblo porque Isabelita Pirinpín decidió que se la comieran los propios jibaritiños con el fin de mejorar su dieta. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Destapa su canasta

llena de lindos símiles vegetales, y acomete con un risueño ardor, la explicación de uno de los mas serios problemas de la ciudadana: la dieta balanceada. La canasta grande se vacía en tres canastitas pequeñas. La canastita mas flaca se llama desayuno, la mas redondita se llama almuerzo, la más gordita se llama cena. Todos los días, Isabelita Pirinpín se propone depositar en cada canastita, lo que debe ser la dieta balanceada de un jibaritiño, al día siguiente. El desayuno, claro está, lo constituía un revoltillo de huevo con unas lonjitas de jamón, un jugo de naranjas, café, crema, hasta unos panecillos tostados:

—Que bueno es desayunarse así, ¿verdad? Todavía sentimos el gusto que deja un desayuno tan bien preparado. Pero aquí está la segunda cestita, donde está el almuerzo de mañana! ¿Que será ésto que viene tan envuelto? ¡Ah, que sorpresa!: dos emparedados de jamón y queso, un poco de ensalada: ¡mira, Paulita, aquí están los tomates que le decían bromas a los tayotes!; un guineo con mermelada y un vaso grande de leche. ¿Quien quiere coger esta cestita para almorzar?

—¡¡Yo!!— saltaron audazmente veinte voces niñas en el primer lindero del estrago.

—Con un almuerzo así cualquier niñito puede estudiar bien, ¿verdad? ¡Que lástima que los padres de Puerto Rico no se preocupen mas por lo que deben co mer sus hijos. ¡Que rico sabe el guineo cuando se le unta mermelada! y el vaso de leche, ¡qué bigotito mas mono le deja a los niños cuando la beben! Pero, todavía nos queda la canastita de la cena. Esta es la más gordita de las tres. Vamos a ver lo que encontramos dentro. Tú, Sunchita, ¿no sientes ganas de saber lo que

hay aquí? ¡Casi nada! Una sopita de apio, un buen pedazo de carne con vegetales verdes, hasta un purroncito de arroz caliente. ¡Qué delicia! Hay otra botellita con otro vaso de leche. ¿Quién quiere coger la cestita para llevársela a su mamá?

—¡¡Yo!!,— rugieron treinta voces niñas, dentro del incontenible frenesí que patalea detrás de todo milagro. Isabelita Pirinpín no pudo ocultar un pequeño mohín de soberbia, ante el patético hilillo de baba, que pendía de treinta boquitas convulsas. Parece que esta vez el propio Franklin Delano Roosevelt sintió asco de tanta canasta vacía, porque se cayó de la mesa el campanillazo de las once. Cuando Isabelita Pirinpín toma la pluma para escribir un comentario sobre el método empleado, se da cuenta que hay cuatro de sus cotisueltos bostezándole al suelo:

—¿Qué hacen ustedes ahí, niños? ¿Por qué no se van a almorzar?—

—Nojotros no tenemos aonde almorsal, doña Isabelita.—

—¿Cómo? No, no es posible. ¿Y los otros niños?—

—Estan pol la cuesta a vel si consiguen unas frutas.—

—Pero ustedes no pueden estudiar si. . . ¿Qué desayuno toman antes de venir a la escuela?—

—Café puya, doña Isabelita.—

—Y. . .—

—Pol la taldesita nos dan funche con bacalao o un guiso de gandules con yautía.—

Los ojos de Isabelita Pirinpín, tienen que mover cien veces las sensuales alas de sus pestañas, para que las lágrimas no le roben el poco de respetabilidad, que

el espanto aún le ha permitido a sus mejillas. Ya no son las piernas las que se le resisten a soportar el peso de su cintura. Es que la cintura no le aguanta los hombros, ni los hombros la cabeza, ni la cabeza la moñera, ni la moñera la veleidosa horquillita de reformista. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpín. Saca de su modesta fiambrerilla de maestrita rural unos emparedados, dos huevos cocidos, el guineo, la mermelada, el sazonado café de su propia dieta y durante media hora, se dedica a alimentar a los cuatro desgraciados, a quienes había logrado deslumbrar con la suculenta descripción de una dieta balanceada. Aquella tarde aunque la cuesta la está esperando para vapulearla seriamente, Isabelita Pirinpín llega al pueblo, casi sin sentir la linda matadura que empieza a mancharle una de sus blancas nalgas.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Pirinpín siente que una tímida nubecilla le camina por la conciencia; ya no es el ingenuo temor, que a veces suele nublarle el entendimiento a una maestrita rural, de que en ella fracase la pedagogía. Lo que tiene realmente preocupada a nuestra maestrita rural, es la desproporción que empieza a notar entre su cartilla, prometedora de todas las bienandanzas terrenales, y un jibaritiño depauperado. Aunque su cartilla no le exigía muchas imágenes literarias, Isabelita Pirinpín llega a concluir que el jibaritiño es un niño hambriento sostenido por la exhuberancia de un paisaje. Isabelita Pirinpín empieza a descubrir, en el paisaje que rodea a su escuelita rural, un valor moral superior a su ovejita de trapo y a su manzana de cera. ¿Por qué había que robarle a su arisco educando los símbolos poéticos

que fascinaban su alma de niño, haciéndole olvidar la miseria que le rodeaba?

El próximo lunes, Isabelita Pirinpín llega a su es-
el pueblo una caja de tizas de color; empieza a llenar
cuelita rural en plan revolucionario. Ha comprado en el pueblo una caja de tizas de color; empieza a llenar su pizarrita de pajaritos nativos que miran a los jibaritiños con ojillos maliciosos. San Pedrito, emocionado, se tira de la cuesta para prestarle a la maestrita, el áspero silabario con que ha enseñado a chillar a treinta generaciones de clérigos y bobitos. Tiene que salir huyendo la blanca oveja de María ante los cabezazos que le propina el díscolo cabrito de Paulita. Se silabea con el amoroso glú glú de las chorreras, con los unicordes chirridos de las chiririas, con el dulce mugir del viento alrededor de la negra lora. Parece que el inspector se olió algo, porque se presentó de inspección, a la semana siguiente.

El inspector encuentra que la escuelita está un poco revuelta, que el novedoso intento de la maestrita de buscar equísonos en la fonética agreste de la cordillera, crea en la lectura algunas guturaciones disonantes; pero el inspector se encuentra con la agradable sorpresa, que Isabelita Pirinpín, es la maestrita mas mona que tiene todo su distrito. Algún que otro momentico, mientras hojea la minuta de las observaciones diarias, sus comedidos párpados gordos se fijan inquietos en la endeble figurilla de Isabelita Pirinpín: ¿Será posible que se hubiera colado en el departamento una tórtola socialista? Pero la mirada de Isabelita Pirinpín es tan limpia, está tan llena de lealtad su alma de marisabidilla, que el inspector sonríe tranquilizado:

—Estas observaciones suyas sobre la dieta balan-

ceada no le van a gustar mucho a la Superintendenta de Economía Doméstica.—

—Pero es que usted no sabe lo horrible que resulta en la práctica la divulgación de esa dieta.—

—Comprendo, comprendo. Además esa cosa de las tres canastitas, a mi siempre me ha parecido un poco ridícula; tan ridícula como los renglones de la ovejita blanca que son obra mía.—

—Perdone usted. Yo no sabía. . .—

—Oh, no tiene por qué apurarse. Mi vanidad en ésto, no podría pasar más allá de la de un mero copista. Su nota última sobre la necesidad de respetar en el niño jíbaro su sentimiento de la naturaleza me ha impresionado mucho. Yo le prometo estudiarla con toda sinceridad y le mandaré mis comentarios por correo.—

Después que Isabelita compartió con él su modesta fiambrerilla de maestrita rural, todavía el inspector se portó mas afable:

—En lo que hay que insistir es en los problemas de la higienización, y claro, en el inglés. Esto del inglés es muy importante para el Departamento. Hay apropiaciones cuantiosas que dependen de eso. ¿Usted me entiende?—

—Entiendo, si,—contestó con oficial emoción la subalterna, agradecida de la confidencia. El inspector se marchó encantado de su inspección. Aunque la mocosilla tenía algunas ideas peligrosas sobre educación rural, parecía una muchacha discreta, capaz de agradecer una buena marca. Luego aquellos moñitos apretados y aquellas pestañas sensuales todavía hacían mas interesante el caso bajo observación. Por su parte, Isabelita Pirinpín no pudo menos que alabar al exqui-

sito tacto de aquel hombre, que podía encaramar un dril blanco hasta un barrio de Puerto Rico sin que se le pronunciara una sola arruga. Su curiosidad de mujer, tuvo tiempo de observar, que a fuerza de vaselina, el inspector había salvado de su grave compostura, una onda pestolásica que lucía bastante bien en la cabeza de un educador.

No hay maestrita rural que no viva dinamizada por la palabra docta de su inspector. A la mañana siguiente, Isabelita Pirinpín llega a su escuelita decidida a higienizar cuanto barrio tuviera que cruzar su linda matadura. La maestrita rural pronuncia en aquella ocasión una de sus mas emocionadas arengas. Hasta los camarones de la quebrada salieron a la orilla a aplaudir aquella hermosa pieza de nuestra pedagogía rural. Un ciudadano norteamericano, orgulloso de su ciudadanía, tiene que ser un cuerpo limpio que viva pendiente de inmortal efluvio de civismo que despide una ducha:

—Pero es que en el barrio no jay aonde bañalse, doña Isabelita,— se atrevió a advertir tímidamente un cochambroso de la última fila. La inoportuna aclaración le recuerda a Isabelita Pirinpín, que la ducha era tal vez una licencia poética demasiada abstracta, para la zona rural de Puerto Rico. Pero su alma se siente tan agradecida al exquisito tacto del inspector, que no han de pasar tres segundos sin que la maestrita empieze a situar los flacos cuerpecillos de sus jibaritiños, entre todos los saltos de agua o los líquenes empozados de las quebradas. Esta vez los que rompieron a aplaudir, fueron los caracolitos conductores de la bihlarzia, soñando con la suculenta ración de hígado tierno que les depararía nuestra escuela rural.

El primer día de inspección, Isabelita Pirinpín se encontró con la matrícula a mitad y la otra mitad, cada uno con la sanguijuela del susto pegada del dedo grande del pié. La maestrita empieza su requisitoria con una dulzura inexorable: registro individual de uñas, sarro, legañas, amén de una inquieta mirada a la cerilla y a la piojera:

—¿Por qué siempre llevas el ombligo por fuera?,— le pregunta a uno de los mas espigados.

—Es que me ha crecido la barriga y se me ha queao la bombacha.—

!—Pues tienes que ponerte otra hijito!,— le ordenó la maestrita, casi en un grito. El jibaritiño bajó la cabeza con un estupor inexplicable. Hasta ese momento el jibaritiño no había tenido oportunidad de pensar, que él es uno de los pocos niños que habitan la tierra, que cuenta con una sola bombacha para todo un curso. La maestrita ha dicho una de esas cosas irremediables que después duelen toda una vida. Es una buena muchacha Isabelita Piripín. Coge al confuso jibaritiño y lo estruja contra su corazón, le estampa en la cara a medio lavar cuatro besos aromados y logra a través del bonito remiendo que siempre puede hilvanar, en el corazón de un niño jíbaro la piedad de una maestrita rural, que el jibaritiño le perdone la necia crueldad que le ha hecho cometer la nueva circular de su departamento.

Descenso doloroso de otra tarde, en que la matadura del alma apenas permite que se sienta, la matadura de una nalga blanca. Ha roto la quietud del paisaje la misma orquéstrica trivial de los chamarros y las chirirías; en cada gancho hábil hay un zorzal de

pata punsó enarcando su letra colora. Sin embargo, a Isabelita Pirinpín, cada colgante de la cuesta le parecía una mano enemiga, que quería derribarla hacia atrás, para desnuncarle todo su lindo ardor de marisabidilla.

Sentadita en su balconcito de pueblo, Isabelita Piripín no puede olvidar la carita del jibaritiño abochornado. Una desazón superior a su modesto intelecto de maestrita rural, la tiene sujeta a una interrogación lacerante: ¿Cómo podría ella higienizar a un niño vestido de harapos, que vivía hacinado dentro de un bohío angosto, rodeado de aguas contaminadas? ¿Cómo era posible que el inspector no se hubiera dado cuenta del fondo de miseria que circundaba a la escuelita rural de Puerto Rico? El inspector había asentido a algunas innovaciones. Tal vez el inspector podría asentir otra vez. A lo mejor él sabía también de la inutilidad sangrienta de vestir a un niño hambriento con el suntuoso ropón de la ciudadanía mas lujosa que conoce el mundo. Si al menos ella pudiera hablar de esta nueva desproporción con su inspector. Aquella noche es la primera noche que Isabelita Piripín se acuesta, sin saber como va a empezar sus lecciones al día siguiente.

Pero al día siguiente, como todos los días, Isabelita Piripín tiene que arrepechar por la última cuesta que esconde a su escuelita, y como todos los días, hay una bandada de cotisueltos que se descuelgan de los árboles, con la palabra atropellada por el contento:

—Míste lo que le trujimos hoy, doña Isabelita.—

—Es el primer Julian Chiví que llega este año, doña Isabelita.—

—Lo demos cogío picoteando un gajo de calambreñas, doña Isabelita.—

Isabelita Pirinpín toma en sus manos al timorato pajarillo como si fuera la repuesta providencial a uno de sus mas insondables problemas de maestrita rural. Esa misma mañana, Isabelita Piripín le informa a su clase la maravillosa noticia que este año ha traído Julián Chiví,

Como sabían todos los jibaritiños de Puerto Rico el Julián Chiví es un terrible andariego. El último septiembre que el pajarillo salió de Puerto Rico, sintió curiosidad por ver tierras nuevas y volando, voiando, vuela que te vuela Julián Chiví, llega a una magestuosa ciudad que parecía hecha de marmol. Julián Chiví es un pájaro curioso que se pasa todo el día curioseando aquella hermosa ciudad que él no había visto nunca. Cuando llega la noche, Julián Chiví cae extenuado a los pies de un obelisco. Julián Chiví cree que va a morir, busca entre las nubes, la estrecha puertecita por donde los pajaritos suelen entrar en el cielo. De pronto, Julián Chiví ve que se le acerca un noble señor, que tiene el pelo tan blanco como el almidón y usa un corto calzón de raso. El noble señor toma entre sus dedos amistosos el pobre Julián Chiví, lo calienta, lo acaricia:

—¿Quién es usted, señor, que con tanto cariño me trata?,— le pregunta el asombrado pajarillo al noble señor.

—Yo soy Jorge Washington y ésta es mi ciudad, pajarillo. Como sabes volar tan bien, quiero decirte unas palabras para que tú se las digas en mi nombre, a todos los jibaritiños de Puerto Rico. Yo te pido, Julián Chiví, que les digas a los niñitos de los campos de Puerto Rico, que es mi deseo que todos ellos apren-

dan inglés, para que cuando vengan a mi ciudad, yo pueda hablar con ellos.—

¡Ah el inglés! Hasta los pajaritos de la cuesta debían aprender inglés. Ningún niño podía sentirse libre, si no hablaba inglés, porque el inglés era el idioma de la libertad. Ningún jibaritiño tenía que cogerle miedo a los múcaros, si hablaba inglés, porque el inglés era el idioma de los fuertes. Es una buena muchacha Isabelita Pirinpin. Por semanas y semanas su santo ardor de marisabidilla ha vuelto a componer imágenes, ha rebuscado vocablos, ha echado a volar garzones, vencejos y guabairos, para que cuando venga el inspector, Panchito o Paulita puedan recitar esas inefables cuartetas con que los jibaritiños de mi país aprenden el in glés. Isabelita Piripín se da cuenta, que día tras día, algo armónico se va rompiendo dentro de su saloncito de clase. Ya no era la graciosa pugna de un habla contra una lengua, dentro de una misma aspiración linguística, donde trata de imponer su estilística tosca un lenguaje trasmitido; ahora lo que había era el forcejeo de un idioma contra otro, tratando de apoderarse del espíritu de un niño:

—Pero, ven aquí Panchito, ¿por qué no tratas de pronunciar mejor?—

—Es que el inglés ese me da un gagueteo y un desasosilio que ya no entiendo ná de ná.—

Con una gran sorpresa, Isabelita Piripín descubre que el jibaritiño se defendía del inglés como de un dislocamiento. Parecía imposible que aquel diminuto ser, que todo lo había perdido antes de nacer, defendiera un idioma con tan misteriosa contumacia. El jibaritiño tartamudeaba amoscado, con el pescuezo mo-

lesto por una preocupación que no provenía únicamente de la dificultad del texto, o de la novedad de la palabra, sinó también de la repugnancia de una conciencia arcaica de hacer una doble permuta de las ideaciones seculares de su vernáculo:

—Por Dios, Paulita, ¡cómo es posible que una carita como la tuya no se alegre con esta palabra tan bonita! Fíjate bien: flower, flower. ¿Tu sabes lo que es eso, verdad?—

—Será una flol.—

—¿Por qué, pues, no te gusta esta palabrita? Piensa en las flores que nos rodean. En esos ramos de astromelias que me trajiste ayer. ¿No te recuerdan esta simpática palabrita del inglés?—

—No, doña Isabelita.—

¡Ah, el inglés! Bien lo había expresado con su ingenua palabra el imbecilizado jibaritiño que no lograba pronunciarlo: en aquel saloncito se había desatado tal gaguera y reinaba tal desasosiego que algunas veces el propio Harold L. Ickes tiraba violentamente por la ventana el campanillazo de las tres.

Isabelita Piripin apenas tiene alas con que volar sobre la hostilidad que la rodea. Solo la palabra cordial, ennoblecida con la confidencia oficialesca de su inspector, la tiene en pié. Acostumbrada al habla cariñosa de sus jibaritiños, sufre como una condenada, viendo los ojillos miedosos que ahora la miran desde unas caritas torcidas. Cuando pasa por la cuesta, los zorzales de pata punsó le vuelven la espalda despectivamente. Hay cuatro quebradas que han dejado de saludarla. Una tarde, sin embargo, el ultraje fué

mayor; desde la copa de los árboles mas altos, unas vocecillas familiares enhebraron este diálogo burlón:

—¿Tú no conoses a Guasintón
Uno que come salchichón?;—

—Yo conosco a Juan Cintrón
uno con pasa de tiburón.—

—¿Tú no conoses a Guasintón
Uno que come salchichón?;—

—Yo conosco a Juan Cintrón
Uno que come chicharrón.—

—¿Tú no conoses a Guasintón
Uno que bebe agua de limón?;—

—Yo conosco a Juan Cintrón
uno que bebe agua con rón.—

Isabelita Piripín recibe la ofensa de que ha sido víctima su heróico imaginismo, con una resignada compunción. De sus sensuales pestañas se desprende una lágrima que rueda hasta la beatífica crin de su mansa cabalgadura. No bien aparece esta primera lágrima en su carita cansada, cuando todo el paisaje que la rodea tiembla de sincero dolor. Los cotisueltos arrepentidos se descuelgan de los árboles y lloran agarrados a las floridas piernas de su maestra. Los pajaritos benéficos de la cuesta, revoltean en torno de ella, llenándole la moñera de tiernos arrumacos. Hasta San

Pedrito le promete aprender inglés, para ayudarla a terminar con la gaguera que se ha apoderado de su saloncito.

Pero ya el desconcierto que camina por la conciencia de Isabelita Piripín es de tal espesor, que no logran restablecerle su paz la candorosa adhesión del paisaje, ni de las almas. El resto de la tarde Isabelita Piripín le suelta la rienda a su caballo manso, y deja que por su noble angustia de maestrita rural, cabecee largamente el abierto contrasentido que existe entre su cartilla de maestrita rural y el mundo empobrecido que la rodea. Los pinceles voraces de crepúsculo la están esperando para complicarle su pequeña lealtad de reformista con una proyección de imágenes brutales. Por la cresta espinosa de una cordillera, Isabelita Piripia ve una legión de hombres pálidos que caminan, arrastrando penosamente una carga de hijos hambrientos que llevan agarrados al pescuezo, a los hombros y a las piernas. Todo el fulgor del crepúsculo no es suficiente, para colorear estas figuras trashumantes, que le sirven de famélico andamiaje, a la mortal pesadumbre de un desahuciado. Los hombres caminan en silencio, buscando con ojos enloquecidos, un pedazo de tierra, donde aposentar la tremenda carga de hijos que les acompañan. Los niños tienen la cara terrosa de aquel que no conoce otro alimento que no sea el café puya, el funche con bacalao, o el guiso de gandules con yautía; sus cortos bombachos raídos dejan al descubierto un ombligo deforme. Las nubes empiezan a alarmarse de la crudeza del cuadro que desfila frente a los bonitos ojos de la maestrita rural. Las nubes tienen el suficiente poder en un cielo del trópico para dibujar las mas mentirosas linduras. Sin embargo

Isabelita Pirinpín tiene los ojos fascinados por la espeluznante marcha de los hombres sin tierra. La maestrita rural empieza a reconocer algunas caras de los hijos que van agarrados al pescuezo de los hombres. Es necesario que todo el cielo se extremezca de ira, para que los hombres lleguen a una cuesta, donde ya las nubes no podrán tragárselos. Isabelita Pirinpín ve los hombres derrengados que caen de rodillas sobre la cuesta. Los niños lloran de hambre alrededor de los padres exhaustos. San Pedrito lanza un grito desesperado, llamando en auxilio de los derrengados a todos los pajarillos de la cuesta. Desgraciadamente cuando los pájaros acuden, solo traen unos granitos de calambreñas para alimentar a los niños.

Con un sereno pavor, Isabelita Pirinpín se da cuenta que las linduras mentirosas de las nubes han perdido una batalla en su pequeño corazón de maestrita rural, que en aquella tarde se ha sellado una extraña alianza entre ella y la miseria que rodea a su escuelita rural. Hay un pedazo de su corazón, austeramente alborotado, que ya no le permitirá ninguna complicidad en el jugueteo que se trae su cartilla con el alma de un niño hambriento, a quien se deslumbra con manzanitas de cera, ovejitas de trapo, canastitas vacías y pajaritos migratorios, para que su pequeña conciencia agrícola arranque las raíces que aún tenga sembradas en la tierra y no piense mas en el rescate. Todo el interés era producir en masa un jibaritiño bilingue que pudiera entender la voz de un capataz en dos idiomas, aunque viviera en el fanguito de San Juan o en el pulguero de Harlem. Para Isabelita Piripín era clara la obligación moral de su escuelita de sostener la vieja

conciencia agrícola del jibarito. Habia que volver a asociar el jibaritiño con la tierra para hacer posible el rescate. El raid poético la tiene exhaltada. Tal vez esté un poco amedrentada de su propio hallazgo. Tal vez necesite de alguien que la diga, que no está tan llena de pájaros su cabeza, como ella teme que esté.

Por eso cuando se le aparece el inspector, con su espejeante dril blanco y su adusta honda pestolásica, el inspector le parece un arcangel almidonado, que ha descendido del mismo cielo calenturiento de su último raid, para aconsejar a una maestrita rural. El inspector viene con un cuco automóvil de dos asientos, a llevarse a la maestrita mas mona de su distrito, a dar un paseo por esos caminitos oscuros, entretejidos de flamboyanes, que tan bien le sientan a los agobiados nervios de un inspector. Isabelita Piripín está soñando y no se da cuenta que los ojos de su inspector empiezan a mirarla con un poco menos de comedimiento entre los párpados gordos; la chica se echa un chal por los hombros, y se marcha con su compañero de profesión a informarle de su último hallazgo:

—Me he convencido que nuestro plan para las escuelas rurales tiene que sufrir un cambio radical.—

—¡Pero Isabelita!, compadézcase usted de mi. ¿Cómo pretende hablarme de eso en una noche tan bonita?—

—Usted tiene que saber de estas cosas mas que yo; usted no sabe lo que yo he sufrido tratando de... usted. . .— Isabelita Piripín se encuentra con la boca sellada por uno de esos besos glotones, que siempre tiene a mano un inspector, para que le agradezcan su

marca. El rubor de la endeble mujercita es tal, que siente que se le van incendiando una por una las trescientas puntas perfumadas que tiene el alfilerillo de su pequeña carita. Por un momento, se siente ella otra alma descalza que camina de un extremo a otro de la cordillera, atada al tobillo por la misma miseria que arrastran sus jibaritiños. Es necesario que la noche proteste, que los luceros indignados amenacen con una huelga, que la campana de la Universidad empieze a voltear como una loca, para que Isabelita Piripín reaccione al mínimo derecho constitucional que tiene toda mujer de ser besada solamente por el hombre que a ella le guste. Aunque la chica huye indignada del cuco automovilito, algo profundo se ha desmoronado dentro de ella, algo muere para siempre de su confianza juvenil, de su linda lealtad de reformista, de las nobles inquietudes de su modesto intelecto de maestrita rural. La venialidad del inspector le demuestra que toda la tolerancia, el exquisito tacto del inspector, no tenía otro fin que el de procurarse para sus glotones labios, la vulgar gracia mujeresca de unos cuantos besos comprados.

Al final del curso Isabelita Piripín tuvo una marca deficiente. El inspector le acusó de haber pretendido desprestigiar, en el alma de sus educandos, la augusta confianza que todo jibaritiño bilingue debe sentir por su ciudadanía.

Las cinco quebradas siguen en el mismo sitio; en ellas todavía hay voces de lavanderas jíbaras que salmodian al paso de la maestrita rural:—

—¡Monona que es la maestrita rural, mi niña doña Isabelita!— Solo que ahora lo dicen mas por

piedad que por entusiasmo. Porque van dirigidas a una Isabelita Pirinpín que tiene hondas manchas de sol en su cutis de alfilerillo, cuatro callos en cada nalga, y una fatiga tan grande en el alma,. que los que conocimos a la maestrita como una de las criaturas mas monas que tenía nuestra universidad, cuando la vemos hoy, nos parece un espectro, una empobrecida mas en este trágico platanal de empobrecidos que se llama Puerto Rico.

# INDICE

Se terminó la impresión de
CUENTOS PARA FOMENTAR EL TURISMO
el día 30 de noviembre de 1946
en los talleres tipográficos
de la
IMPRENTA VENEZUELA
en
San Juan de Puerto Rico

PAGAN, BOLIVAR:

Ideales en Marcha ..................................... 1.50

JIMENEZ MALARET, RENE:

Vórtice ..................................... 1.00

Meditaciones de un Misántropo ..................................... 1.00

La Palabra al Viento ..................................... 1.00

LAGUERRE, ENRIQUE:

La Llamarada ..................................... 1.50

Solar Montoya ..................................... 1.50

El 30 de Febrero ..................................... 2.00

VILLARONGA, LUIS:

Constancio Vigil, el Sembrador ..................................... 1.00

MORALES CABRERA, PABLO:

Cuentos Populares ..................................... 1.00

SIERRA BERDECIA, FERNANDO:

Esta Noche Juega el Joker ..................................... 1.00

Antonio S. Pedreira ..................................... .50

LOPEZ LOPEZ, JOAQUIN:

Romancero de la Luna ..................................... 1.00

DE DIEGO PADRO, J. I.:

En Babia ..................................... 2.50

CARRERAS, CARLOS N.:

El Caballero Silencio ..................................... 1.00

RODRIGUEZ RAMOS, MANUEL:

Ley Municipal ..................................... 3.00

RUBENS, ALMA:

Nieblas ..................................... 1.00

DEMAR, CARMEN:

Alas Plegadas ..................................... 1.00

QUIÑONES, SAMUEL R.:

Temas y Letras ..................................... 1.00

